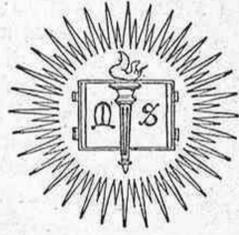


La Ilustración Artística



AÑO XXXII

BARCELONA 5 DE MAYO DE 1913

NÚM. 1.636



LA GITANA DEL VELÓN, dibujo de Vicente Carreres
que figura en la Exposición Nacional de Artes Decorativas e Industrias Artísticas que actualmente se celebra en Madrid

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *El enemigo*, cuento de Emilio Auret. - *Cuadros del Sr. Conde de Aguiar*. - *La Primavera*, cuadro de A. Botticelli. - *Tetuán. Entrada del jefe Muley-el-Mehdi*. - *La exposición de Gante*. - Madrid. *Los exploradores de España*. - *El Congreso Eucarístico de Malta*. - París. *Derumbamiento de un oficio*. - Los Fabre (novela). - París. *El Centenario de Ozanam*. - *La cuestión de Oriente*. - *El aviador Gilbert*. - Libros. - *Los esposales del exrey D. Manuel de Portugal*.
Grabados. - *La gitana del velón*, dibujo de V. Carreres. - Dibujo de C. Vázquez, ilustración a *El enemigo*. - *Un niño*; *Confidencias*, cuadros del Sr. Conde de Aguiar. - *Oración*, cuadro de J. Brull. - *La Primavera*, cuadro de A. Botticelli. - *Notas de Tetuán, Gante, Madrid y Malta*. - *Los que se quedan...*; *Contemplación*; *Alpargatera*; *Estudio*, cuadros de J. Llimona. - *Flor de naranjo*; *Las palomas de la huerta*; *Las clavarienses*; *La fuente del escudo*, cuadros de E. Valls. - *Notas de París y de Oriente*. - *El aviador Gilbert*. - *El exrey de Portugal y su prometida, la princesa Augusta Victoria de Hohenzollern*.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Barcelona, como todas las urbes de la cristiandad, conmemora en estos momentos el décimosexto centenario de la paz de la Iglesia. ¡La paz de la Iglesia! Hermosa expresión que deja en el alma aquella profunda serenidad que acompaña tantas veces a las palabras antiguas, mezcla de sencillez y de misterio. Con el edicto de Milán y el reinado de Constantino, la *insania de la Cruz* obtiene su consagración temporal y se impone al mundo, entrando en la categoría de los grandes hechos consumados e irrevocables. ¡Y qué magnitud la de ese hecho! ¡Qué asombro cada vez que la inteligencia humana, substrayéndose a la acción enervadora del hábito y la rutina, lo considera a la luz de la eternidad y más todavía a la del tiempo y la razón!

Porque este inmenso fenómeno del cristianismo desconcierta mucho más por su realidad histórica que por su explicación y origen sobrenatural; y, cerrando los ojos a la fe, se nos presenta aún más inverosímil y asombroso que apreciándolo dentro del mundo de la creencia y según los dogmas de la revelación. No hay sino compararlo con las demás apariciones de la historia, por estupendas y magníficas que se consideren, y buscar en la sucesión de los siglos otra que la aventaje en extensión, en influencia, en energía, en fecundidad. Desde las más humildes capas de la muchedumbre, desde tierras lejanas y pobres no bañadas por la luz de la civilización ni decoradas con los esplendores de la cultura, del arte, del pensamiento, filtra, silenciosa y subterránea, a través de los más oscuros fondos de la conciencia; y, de abajo arriba, subiendo lentamente en una ascensión de tres centurias, invade poco a poco la humanidad superior, los que se tenían por espíritus selectos y cultivados, los pueblos intelectuales y maestros de toda elegancia, las ciudades escépticas, rebosantes de filósofos y hetairas, los restos gloriosos de cuatro o cinco razas y civilizaciones: de Cartago, de Grecia, apoderándose finalmente de Roma, «ebria todavía de la sangre de los mártires», para destellar en las cumbres del Capitolio y obtener la capitulación y poco después el alma del Imperio.

Al mismo tiempo penetra en las selvas y campamentos de los enemigos de Roma, que refrenan la impaciencia de sus corceles y acechan la hora del asalto, preparando desde lejos la fusión de vencedores y vencidos, de dominadores y dominados, aun antes de que los haya y, con ella, el nacimiento de las modernas nacionalidades. Y esa paz de Constantino, en el año 313, que significa la contemporización y la libertad, que saca de sus catacumbas a las cristiandades y cierra la época de las persecuciones, que dejará ocioso casi en seguida el estilete de analistas como Lactancio y callada la lira de Prudencio, que borra de las letras sagradas la púrpura de los tres primeros siglos y hace ostensibles los signos herméticos, se convertirá en el franco triunfo de la centuria siguiente y el cristianismo será desde entonces el principio activo, el centro vital, el eje de la historia.

¿Qué han podido contra esa doctrina los filósofos, los escépticos, los mundanos, los elegantes? ¿No ha sido ella, más todavía que el choque material y rudo con la barbarie, la que ha socavado los cimientos carcomidos del paganismo, toda esa cultura brillantísima y en apariencia incommovible, que no era ya, sin embargo, más que revestimiento de la mollicie, de la sensualidad, de la crueldad refinada y de una civilización, en suma, cuyos goces no se obtenían más que a costa de crímenes sin cuento y de abominaciones sin nombre, a costa del dolor, de la sangre y de las lágrimas del mayor número?

Abusamos, sin duda, de la palabra civilización. No nos entendemos ni procuramos ponernos de acuerdo acerca de su alcance y contenido. El mundo actual

no aplica generalmente a ese contenido más que medidas intelectuales, que no son casi nunca valores morales. Todo el progreso lo ciframos en saber más, no en valer más; en ser más sabios, no más perfectos; en dilatar las fronteras de la ciencia aunque se encojan las de la felicidad. Y esa crisis que vino a resolverse en los siglos IV y V de nuestra era, debe servir de lección a nuestro orgullo de hombres modernos y recordarnos el escaso valor histórico y biológico de la ciencia pura, mejor dicho, del intelectualismo laico y meramente naturalista, enfrente de una de esas grandes corrientes del espíritu humano que acaban con las falsas civilizaciones, con las civilizaciones materiales más orgullosas y contentas de su irresistible poder, porque aquéllas son las que rigen la vida.

Ved por dónde el centenario de Constantino reviste un interés humano y de todos los tiempos, no simplemente un interés confesional, además del asombroso prodigio histórico que simboliza. El incrédulo de nuestros días se halla satisfecho y convencido con dos o tres axiomas que juzga indestructibles, como si fueran la última palabra del progreso. Tiene de este progreso una idea hartó errónea. Lo concibe como una recta interminable e ininterrumpida, que no vuelve nunca atrás, que nunca se desvía, que adelanta siempre, que se aleja siempre de su punto inicial. De ahí esas divisiones de las edades del mundo como la de Augusto Comte: edad poética o fabulosa, edad religiosa, filosófica y, finalmente, científica... «Estamos, pues, ahora, en la edad de la ciencia y ha acabado para siempre, no sólo la de los cultos y las creencias, sino también la de la metafísica. El progreso es rectilíneo, irrevocable y no se contradice nunca.»

Y en esto estriba el error, la gran aberración visual de nuestros días. Porque el progreso no siempre es progreso y conviene no confundir el simple movimiento con la mejora y la perfección. La evolución de las sociedades y la marcha de los pueblos se presentan históricamente sujetas a círculos que se repiten con mayor o menor fijeza y amplitud, no según esa recta ideal e inflexible imaginada por el positivismo grosero. La humanidad, con los ojos tapados, desanda sus caminos y trilla de nuevo lo trillado. Esos fenómenos de impiedad, de racionalismo, de escepticismo elegante o materialista y sensual se han producido y repetido no una ni dos ni tres, sino muchas veces, y habrán de repetirse otras muchas más. Y los falsos crepúsculos de la idea religiosa están cansados de asombrar a los pensadores y de desmentir a los pseudoprofetos que predicen extinciones y agotamientos o declaran caduco y vacío para siempre el mundo de lo sobrenatural.

* *

Mil seiscientos años van transcurridos desde el edicto de Milán; y, desde entonces, la idea cristiana ha informado el mundo, por intermedio de la porción más elevada y escogida de la humanidad, y ha modelado la vida y la conciencia. La Iglesia cristianizó el mundo romano y civilizó el mundo bárbaro; y cuando tuvo conseguida esa obra pudo decirse que apareció sobre la tierra un fenómeno hasta entonces desconocido: el de la universalidad, el de una relación íntima, cordial e intensa entre los hombres como tales hombres y a través de todas las fronteras, contra el nacionalismo cerrado de todas las antiguas civilizaciones y todos los antiguos cultos, que eran también esencialmente nacionales y que se extinguían allí donde terminaba el territorio y enmudecía la lengua. El cristianismo ha sido la inspiración constante de esos quince siglos y en torno de él ha girado la historia bien como afirmación, bien como negación o rebeldía pasajera. Su influjo se ha extendido a todos los pueblos y ha alentado todas las creencias artísticas; con su calor reblandeció el alma de las nacionalidades modernas, que empiezan a dibujarse desde el siglo V, y encendió los nuevos idiomas, que se multiplican como para cantar en todos los tonos y todos los acentos la gloria del Señor.

Si abrimos los anales desde 313 hasta 1789, veremos que el principio cristiano es la semilla, la levadura o, si tanto se quiere, el reactivo de toda hazaña y de toda empresa grande. La espada está a su servicio como lo están la pluma, y el compás, y el cincel. Si registramos las bibliotecas, veremos que es la substancia y alimento mayor de las letras, de la filosofía, de la actividad mental; si entramos en los museos nos parecerán la pintura y la estatuaría el feudo de la religión, el comentario plástico y viviente de sus vicisitudes, la proyección visible de su magnitud y triunfo; si discurrimos por las ciudades más famosas nunca nos abandonará la sombra augusta de sus monumentos, de sus catedrales, de sus abadías,

de sus fundaciones, de sus hospitales, de sus escuelas, de sus monasterios, y a su lado parecerá insignificante y mezquino cuanto pudieron levantar y constituir todas las demás instituciones, ideas y potestades juntas. En suma, si se borrarla de la historia y de la realidad, de la literatura y de la vida, de la conciencia del hombre y del plano de las urbes y los pueblos cuanto dejó en ellas el impulso divino y fecundo de la fe y cuanto viene bañado por la luz purísima del Evangelio, la mutilación habría de asombrarnos y el mundo nos pareciera un desierto.

* *

Y, ¿quién lo comprendió mejor que ese Federico Ozanam, el centenario de cuyo nacimiento tan felizmente ha venido a coincidir con las fiestas constantinianas? En la primera mitad del siglo pasado hubo un momento espiritual de belleza única, suprema, como no es posible hallarlo por ventura desde los días del *poveretto* de Asís. Tras la expiación espantosa del Terror, surgieron no sólo espíritus proféticos a lo De Maistre, y efusiones líricas a lo Chateaubriand y Lamartine, sino almas generosas y ardientes, cuya contrición no recaía únicamente sobre los excesos revolucionarios ni se limitaba a execrar sus abominaciones y satanismos. Una corriente de piedad y misericordia inmensa substituyó en estos espíritus de que hablo a las declamaciones apocalípticas y las visiones del espanto. En esa corriente trataron de redimir y purificar a la sociedad, de un modo íntegro, extendiéndola a todo el mundo: a las víctimas y a los perseguidores, a los inocentes y a los malvados, a los creyentes y a los escépticos.

Fué, éste que digo, el momento de la *conciliación*, momento que se caracteriza no tanto por principios doctrinales ni por programas expresos, como por un movimiento del alma y un ímpetu del corazón rebeldes a toda suerte de definiciones. No con definiciones, sino con nombres rodeados hoy de prestigio y vibrantes de misteriosa resonancia hay que evocar esos días de oro: Lacordaire, Montalembert, Guérin, Ozanam, Monsabré, Dupanloup... En España tuvo este momento una repercusión memorable: Balmes, Quadrado, el marqués de Viluma en política. En Bélgica triunfó, y Bélgica continúa siendo una nación católica y moderna por obra de opinión antes que autoridad o imperio coactivo.

Pues bien: Federico Ozanam fué el hombre de cátedra de ese grupo y de ese instante inolvidable, de quienes se excusan de hablar los «actualísimos» y fuertes pretextando que fué un fracaso. Es cierto: un glorioso fracaso en su día, pero que conserva siempre virtualidad para futuras victorias; un glorioso fracaso que, aunque fuera definitivo, vendría compensado siempre por las flores delicadísimas que produjo, por el aroma que dejó flotando en la historia y en la literatura, por el espectáculo bello en sí mismo de la pureza, de la generosidad, de la sensibilidad viva, de la fe radiante y simpática, de la atracción espiritual. Los talentos o las vocaciones pueden dividirse en dos grandes categorías: hay unos hombres *cauterios* y otros hombres *balsámicos*. Moralistas y puritanos los unos, obran y piensan y hablan rigidamente, mientras los otros desbordan de efusión y se derriten como una resina olorosa en holocausto conmovedor y continuo.

De éstos era Ozanam a quien, por empedernido e incrédulo que se sea, no es posible conocer sin admirarle y, sobre todo, sin amarle. Espíritu sumamente cultivado, docto humanista, profesor profundo, dotado de una elocuencia comunicativa y penetrante de que la cátedra moderna presentará muy pocos ejemplos que lo igualen y acaso ninguno que lo supere; esa elocuencia que arrebató al propio Lacordaire y que, ya en el acto de defender su tesis doctoral el futuro profesor de literatura extranjera, hacía levantar de su silla a Cousin, que presidía los ejercicios, y le dejaba electrizado y absorto; esa elocuencia provenía de más allá de la inteligencia y era un eco de vibración del carácter del hombre.

¿Por qué el buen éxito no acompaña a tales hombres y perecen en la demanda? He aquí una duda peligrosa. Los más hermosos caracteres, los temperamentos más elevados suelen fracasar, no ellos personalmente - la corta vida de Ozanam fué gloriosa desde el primero al último día -, sino en sus empresas e ideales. Así Balmes fracasó también. Un crítico eminente, hablando de Balmes y de Quadrado, cincuenta años después de su tentativa de reconciliación entre la España liberal y la España tradicionalista, en las dos ramas dinásticas, dijo que «tuvieron razón antes de tiempo». Cuando los pueblos lo reconocen y vienen a otorgársela ya es tarde.

MIGUEL S. OLIVER.

EL ENEMIGO, CUENTO DE EMILIO AURET, dibujo de Carlos Vázquez



... y cómo después se levantaba enjugándose dos gruesas lágrimas...

I

En la tristeza de la estancia cerrada, el ataúd, cubierto con un paño blanco, descansaba sobre unas sillas.

Dos cirios, de luz incierta, ardían junto al cadáver alumbrando el último velatorio.

Al día siguiente, el cuerpo de Luis Pascal será conducido al pequeño cementerio de la colina siguiendo el camino alfombrado de césped; y entre la comitiva de los vecinos, vestidos con trajes de luto, se oirá repetir, como dicho por un coro antiguo, lo que fué aquel hombre desaparecido del mundo de los vivos.

Los benévolo, si es que los hay, convendrán en que Pascal fué siempre honrado y justo; pero nadie afirmará que fué bueno. Duro consigo mismo y con los demás, autoritario y vengativo, negóse siempre a la dulzura del perdón.

Después, se asombrarán de que un hombre como aquél hubiese tenido la buena suerte de atraerse y de conservar una abnegación real, la de una parienta lejana, la viuda Lebon, que hacía diez años que habitaba en compañía suya.

¡Cuánta paciencia había necesitado aquella prima pobre para cumplir su misión cerca de un enfermo exigente y brusco!

Los que esto digan, sin embargo, no dejarán de insinuar que a aquella mujer la sostenía la esperanza, y algunos, entre los mejores, desearán que el viejo no la haya olvidado en su testamento.

Todas estas reflexiones se murmurarán mientras el fúnebre cortejo seguirá el camino de los setos en flor y resonarán los cantos lúgubres en el aire puro de la mañana.

Pero, por el momento, reina el silencio en la estancia semiobscura.

Refugiadas en un ángulo de la pieza, la señora

único heredero del viejo, su sobrino Juan Pascal, hijo de su hermano, vendrá a tomar posesión de la herencia.

Entonces, las dos mujeres, consideradas como personas extrañas, no tendrán más remedio que marcharse.

La señora Lebon no conoce a ese heredero, que nunca había puesto los pies en aquella casa cerrada para él. Los dos hermanos Pascal, peleados en otro tiempo a causa de la odiosa política, no habían vuelto a verse nunca más.

La pobre madre temía por ella y por su hija la llegada de aquel desconocido, que, en efecto, representaba el «enemigo» que debía expulsarlas.

Ya la víspera, los magistrados habían puesto los sellos que parecían otros tantos grandes ojos amenazadores y feroces.

Sin duda esto se había hecho por orden suya y aquella triste formalidad no era sino el preludio de las últimas vejaciones.

II

De pronto, como si fuese una realización brusca de sus temores, abrióse la puerta y penetró en la estancia un joven alto que, con la cabeza descubierta, avanzaba hacia el ataúd, andando de puntillas para no romper el pesado silencio que en aquel lúgubre lugar reinaba.

La señora Lebon miróle asustada; vió cómo se arrodillaba, cómo permanecía de rodillas largo rato y cómo después se levantaba enjugándose dos gruesas lágrimas, y su corazón cesó de latir cuando el «enemigo» se dirigió hacia ella.

El joven inclinóse y preguntóle en voz baja:

— Es usted mi prima Lebon, ¿no es verdad?

Y antes de que ella pudiera contestarle, cogióle la mano que conservó entre las suyas.

Lebon y su hija Marta han comenzado su triste velatorio. Marta, cediendo al cansancio de aquellas últimas horas, duérmete profundamente, en tanto que la madre padece la amargura de los pensamientos de aquel día de duelo.

Por vez primera piensa en su hija y luego en ella misma. Pronto una y otra habrán de abandonar aquella casa; porque el difunto, sorprendido por la muerte, no ha hecho testamento. Ciertamente Pascal había manifestado su intención de dejar a su fiel enfermera una parte de su pequeña fortuna; pero no llegó a poner en práctica este proyecto.

La buena señora hizo un esfuerzo para desprenderse de su enemigo; pero éste, señalando a Marta, que seguía durmiendo, añadió, siempre en voz baja:

— ¿Es su hija Marta? No la despierte usted, se lo ruego.

Después, la condujo suavemente a una habitación contigua, en donde una lamparilla difundía su pálida claridad.

Una vez allí, manifestóle el pesar que sentía de haber llegado demasiado tarde para ver por última vez el rostro de su tío; explicó la tristeza que le había producido la riña que le había mantenido alejado de aquel último pariente, y luego expresó su dolor por la reciente pérdida de su padre que le había dejado aislado en la vida.

Por último indignóse de que se hubiesen puesto de oficio los sellos, lamentando la penosa impresión que este incidente había de haber causado en el ánimo de sus primas.

A medida que se desarrollaba aquel coloquio en la tranquila noche, la señora Lebon sentía disiparse sus temores y modificarse en sentido favorable el concepto que se había formado del terrible enemigo.

Al día siguiente, cuando la señora Lebon y su hija hicieron alusión a su próxima partida, Juan Pascal exclamó vivamente:

— ¡Cómo! ¿Van ustedes a abandonarme? Les suplico que, de momento siquiera, no se cambie nada en esta casa. Sé que con motivo de la enfermedad de mi tío cuidaban ustedes de sus intereses. ¿No quieren ustedes continuar velando por ellos durante algunas semanas?

III

Aquella situación provisional duró mucho tiempo. Todos los sábados Juan Pascal, que vivía en París, iba a Dampierre para pasar allí el domingo; y de día en día hacía apreciar más su amable franqueza.

Las dos mujeres esperaban ahora su llegada con impaciencia.

— ¿Qué prepararemos para la comida de nuestro enemigo?, se decían sonriendo.

Y luego Marta devastaba el jardín para renovar las flores del «cuarto de los amigos» reservado a Juan Pascal.

Los dos jóvenes se habían hecho buenos amigos y se abandonaban sin segundas intenciones al placer de encontrarse juntos.

Juan no tenía nada de romántico ni de novelesco en su modo de ser; su robusta naturaleza ignoraba las sutilezas del corazón; y Marta, por su parte, conservaba toda su sinceridad de niña.

Sin saberlo, sin decirselo, amáronse durante mucho tiempo, felices con aquellos domingos que se sucedían mucho más lentamente de lo que ellos deseaban.

Un sábado, el joven escribió diciendo que no le esperasen.

Aquel día, el notario fué a visitar a la señora Lebon, y comenzó por manifestarle que Juan les reservaba a ella y a su hija una buena parte de la herencia de su tío.

Después, aprovechando una ausencia de Marta, dijo que le habían confiado una delicada misión y añadió:

— Señora Lebón, tengo el honor de pedir la mano de su hija para mi cliente y amigo Juan Pascal. La respuesta de la señora Lebón dejó estupefacto al notario.

— ¡Oh, nuestro querido «enemigo»!, exclamó la buena mujer anegada en llanto.

Hace cinco años que Marta y Juan están casados y son dichosos. El peligroso enemigo que se había introducido en la casa del viejo Pascal, había de construir en ella el más apacible de los nidos.

Si el azar de vuestros paseos os lleva a Dampierre, reconoceréis aquella mansión por su fachada cubierta de glicinas y de madreselva, y oiréis bajo las ramas de los árboles del jardín alegres risotadas de niños.

CUADROS DEL

SR. CONDE DE AGUIAR

En distintas ocasiones nos ha sido dado el poder reproducir en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA varias composiciones del Sr. Conde de Aguiar, y por ellas han podido nuestros lectores apreciar debidamente las relevantes aptitudes de tan distinguido artista.

Todos y cada uno de sus lienzos demuestran en su autor cualidades de hábil dibujante y de acertado y sobrio colorista, y así se explica que sus obras le hayan valido señalados triunfos en varias exposiciones y que muchas de ellas hayan sido adquiridas por notables coleccionistas de diversos países. Como muestra, citaremos solamente *El Parlamento de Caspe* y *La batalla de Pavía*.

Los dos cuadros que en esta página reproducimos figuran en la Exposición Internacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Munich y han merecido los elogios de la crítica y la atención del público.

LA PRIMAVERA, CUADRO DE A. BOTTICELLI (Véase el grabado de la página siguiente)

La Primavera ha inspirado a los artistas de todas las edades y de todas las escuelas. Los antiguos so-

tiempo; y aun en nuestros días, a pesar de las corrientes realistas, hay pintores que, desdeñando tales modernismos, vuelven sus ojos a la antigüedad cuando tratan de trazar en el lienzo composiciones de esta índole, es decir, alegóricas.

Casi todos los artistas que han querido representar la Primavera nos la ofrecen en la figura de una diosa o de una ninfa sembrando flores a su paso, en un paisaje sonriente y por lo general acompañada de la imagen de Cupido que ensaya sus flechas, como si fuese aquélla la estación más propicia para encender el amor de los corazones. «¿Qué es la Primavera?, ha dicho un ilustre literato francés. ¿No es acaso el despertar de toda la naturaleza? En esta estación el amor se halla en todas partes, en los bosques, en los aires, en las flores. Misteriosas emociones, turban el corazón de las jóvenes y una especie de embriaguez se apodera de los seres animados.»

Esta descripción de la Primavera se ajusta perfectamente al cuadro de Botticelli que en la siguiente página reproducimos. El gran pintor florentino nos hace no sólo ver sino también sentir todos los encantos de la estación primaveral; los árboles de espeso follaje por entre el que asoman doradas frutas; la tierra tapizada de hierbas y sembrada de flores; los grupos de figuras presididos por la graciosa ninfa y volando sobre ellos el dios ciego en actitud de disparar sus dardos, todo en esta composición respira vida, contento, alegría, amor.

Alejandro Botticelli nació en Florencia en 1437 y desde muy niño sintió por la pintura una gran vocación, a la que se oponía su padre. Al fin logró vencer la resistencia de éste y entró en el taller de Filippo Lippi, de quien fué el discípulo predilecto. El éxito de algunos de sus cuadros hizo que Sixto IV le llamara a Roma, confiándole la superintendencia de las obras de pintura que se estaban ejecutando en el Vaticano. Allí pintó hermosos frescos que le valieron nuevos beneficios del Papa; pero arruinado por su vida de desorden volvió pobre a Florencia, en donde murió en 1515.



Un niño, cuadro del Sr. Conde de Aguiar
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich.)

lían personificarla en la diosa Flora y esta personificación mitológica se ha conservado durante mucho

pero arruinado por su vida de desorden volvió pobre a Florencia, en donde murió en 1515.



Confidencias, cuadro del Sr. Conde de Aguiar. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich.)



Oración, cuadro de Juan Brull. (Salón Parés, Barcelona.)



La Primavera, cuadro de Alejandro Botticelli, que se conserva en el Museo de Florencia

(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

TETUÁN. - ENTRADA DEL JALIFA MULEY-EL-MEHDÍ. (Fotografías de A. Rectoret.)



Llegada del jalifa a Tetuán momentos antes de entrar en la ciudad por la Puerta de la Reina

A bordo del crucero *Cataluña* y escoltado por el crucero *Río de la Plata* y por los cañoneros *Lauria*, *Recalde* y *General Concha* llegó el día 27 de abril último al río Martín, con objeto de hacer su solemne entrada en Tetuán, el príncipe Muley-el-Mehdí, jalifa nombrado por el Sultán de Marruecos para representar en la zona sometida, en virtud de recientes tratados, a la influencia española.

Así que la escuadra ancló en el puerto, subieron a bordo del *Cataluña*, en cuya cubierta estaba formada la tripulación, el general Arráiz, el bajá de Tetuán, el cónsul señor Viguri y el intérprete Sr. Cerdeira, quienes pasaron a la cámara del comandante, en donde se hallaba el jalifa. El doctor Berenguer, que acompañaba a éste desde Larache, hizo las presentaciones y el general Arráiz y el señor Viguri dieron la bienvenida al representante del Sultán, quien contestó agradeciendo aquellas saluciones y expresando sus simpatías por España y por el Rey.

Seguidamente Muley-el-Mehdí desembarcó y después de revisar las tropas que estaban formadas para recibirle montó en el magnífico caballo, regalo de Don Alfonso XIII, y emprendió la marcha hacia Tetuán. La comitiva formó en el orden siguiente: un escuadrón del tabor de Tetuán, el bajá con su escolta, las banderas de Muley-el-Mehdí, caballos de respeto, regalo también de nuestro monarca, el jalifa, bajo la sombrilla imperial llevando a su derecha al Sr. Viguri y a su izquierda al general Arráiz, las cofradías y hermandades moras y las tropas de escolta.

Al llegar el cortejo a unos tres kilómetros de Tetuán, en el sitio llamado Sidi Aramel, salió a recibirle el residente español general Alfau, al frente de un brillantísimo Estado Mayor en el que figuraban los moros notables tetuanés y los caídos

de todas las cabilas del campo. El residente español dió, en nombre del Rey, la bienvenida al jalifa, felicitándose de que un príncipe prudente y valeroso hubiese sido designado para representar al Sultán en la zona española, porque su nombre era garantía y prenda de paz, asegurando así un período de prosperidad para realizar los deseos de España y del imperio marroquí. Muley-el-Mehdí contestó al general Alfau haciendo presente su afecto y respeto profundos a la nación española,

hacia su entrada en Tetuán por la Puerta de la Reina, siendo allí saludado el jalifa con las salvas de ordenanza y aclamado por la multitud que llenaba las calles y las azoteas de las casas. En el momento de entrar el jalifa en la plaza de España, izóse la bandera española en todos los edificios públicos.

Muley-el-Mehdí encontrábase altamente satisfecho de aquel grandioso recibimiento y al llegar delante del palacio en donde ha de residir, echó pie a tierra y sentóse en un sillón de terciopelo rojo; el general Alfau tomó asiento a su lado e inmediatamente comenzaron a desfilar las tropas que habían formado en la carrera.

El residente español después de dar cuenta al ministro de la Guerra de la entrada de Muley-el-Mehdí en Tetuán, añade:

«El acto de hoy, al que ha dado brillantez extraordinaria la concurrencia de fuerzas del ejército, dejará imborrable recuerdo en el ánimo del jalifa y en el de la población de Tetuán. Complázcame en manifestar a V. E. que tan buena acogida es, a mi juicio, de inmejorables auspicios para el porvenir de nuestra acción en África.»

El jalifa, apenas llegado a Tetuán, dirigió al gobierno de S. M. el siguiente telegrama:

«Vivamente agradecido a las atenciones que me han dispensado las representaciones de España por el transcurso de mi viaje y muy en singular por el grandioso recibimiento que se me ha hecho a mi llegada a esta ciudad,

al felicitar con efusión al gobierno de España, la grande y poderosa y noble nación, por cuanto viene haciendo por la prosperidad y paz de estos habitantes de nuestra predilección, me complazco en hacerle patente demostración de mi contento y de mis sinceros propósitos de cooperar a la tarea que España se impone en pro de la causa de la civilización y en beneficio de estos habitantes.»



Aspecto de la plaza de España durante el desfile de las tropas por delante del jalifa

encargada de implantar la civilización en Marruecos, uniendo el progreso al respeto a la religión y a las tradiciones del pueblo marroquí.

Después de estas saluciones, el jalifa recibió el turbante del Profeta, una bandera, emblema de la realeza, y la blanca enseña de paz y la roja de guerra.

Luego prosiguió su marcha la comitiva que, poco después,

al felicitar con efusión al gobierno de España, la grande y poderosa y noble nación, por cuanto viene haciendo por la prosperidad y paz de estos habitantes de nuestra predilección, me complazco en hacerle patente demostración de mi contento y de mis sinceros propósitos de cooperar a la tarea que España se impone en pro de la causa de la civilización y en beneficio de estos habitantes.»

LA EXPOSICIÓN DE GANTE



Un rincón de la vieja Flandes

El día 26 de abril último, el rey Alberto, la reina Isabel y el príncipe Leopoldo inauguraron solemnemente la Exposición de Gante. Las Reales personas fueron recibidas a la entrada por el Sr. Gooreman, expresidente de la Cámara belga y presidente del Comité ejecutivo de la Exposición, y por los directores, comisario y demás altos funcionarios de la misma, el primero de los cuales dió, en flamenco, la bienvenida a los soberanos. Subieron luego éstos y su séquito a varios coches de gala y se encaminaron al salón de honor del Palacio de las Fiestas y de las Floralías, en donde se procedió a la ceremonia de la inauguración.

Después de los discursos pronunciados por los señores Gooreman, Hubert, ministro del Trabajo, y Callier, presidente de la Sociedad de Horticultura, y de haber el rey Alberto declarado inaugurada la Exposición, el cortejo oficial visitó la exposición de las Floralías, los jardines, el pabellón de la ciudad de Gante, en donde los soberanos firmaron un libro de oro, en presencia de los burgomaestres de las grandes capitales belgas; una parte de la exposición belga y el barrio de la antigua Flandes.

La Exposición ocupa una superficie de más de cien hectáreas, quedando comprendido en ella el parque de la ciudad, que es el más hermoso de Bélgica. En este parque existe, desde hace años, un museo, que es uno de los más ricos y mejor ordenados de aquel país, y que, gracias a nuevos ane-



El rey Alberto, la reina Isabel y el príncipe heredero Leopoldo saliendo del Palacio de las Fiestas y de las Floralías después de inaugurar la exposición

memoria del este gran pintor primitivo flamenco por subscripción internacional.

En el centro del parque, en el sitio en donde estaba la antigua ciudadela, se ha construido el grandioso Palacio de la Horticultura y de las Fiestas, que ocupa una superficie de más de 30.000 metros cuadrados.

ocupa una superficie de 40.000 metros cuadrados; muy importantes son también las secciones inglesa y alemana, que ocupan 14.000 y 15.000 respectivamente.

Figuran en la Exposición dos atracciones que seguramente despertarán gran interés: el panorama del Congo, que ha sido pintado por los dos célebres pintores belgas Bastien y Mathieu, con el concurso del ministerio de las Colonias, y el barrio de la Vieja Flandes, que es realmente una obra maestra, con sus



Vista general de la Exposición

En este inmenso palacio están instaladas las famosas Floralías quinquenales, que tanta fama han dado a Gante y cuyo centenario se celebró en 1908.

En la Avenida de las Naciones están los pabellones de los

canales, su Casa Consistorial y sus edificios de estilo de los siglos XVII y XVIII, que recuerdan los más hermosos ejemplares de la arquitectura de la Flandes belga y francesa y de la Zelanda.

La entrada principal de la Exposición forma un hemiciclo



La Avenida de las Naciones

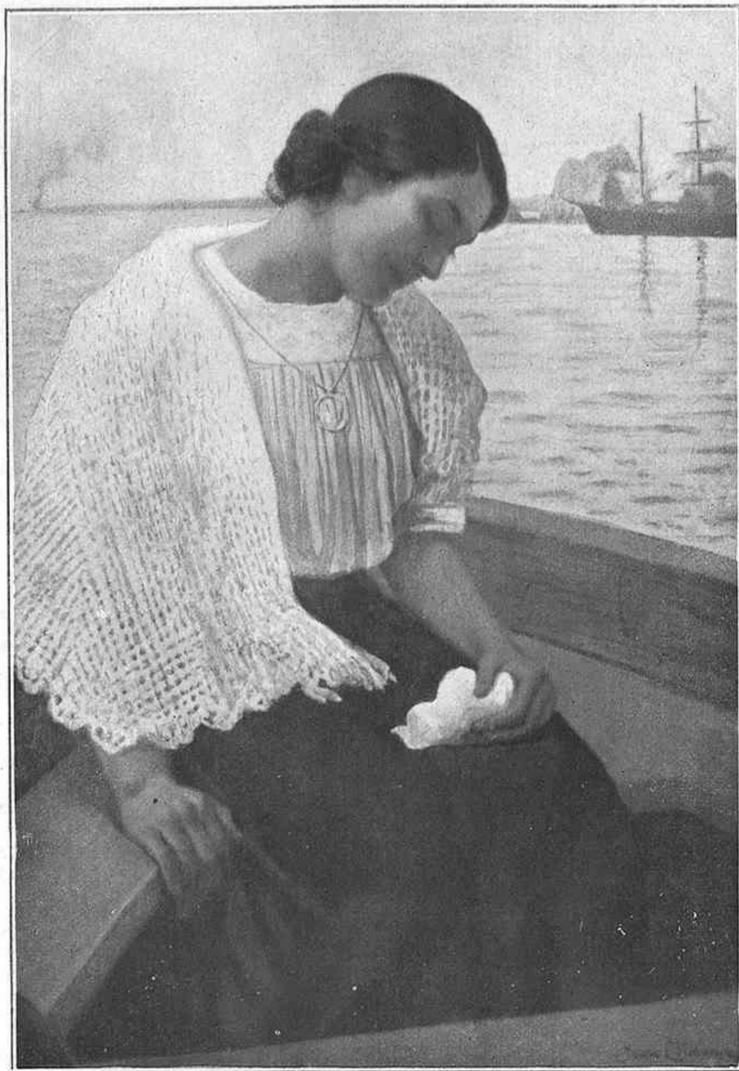


El Palacio de Francia

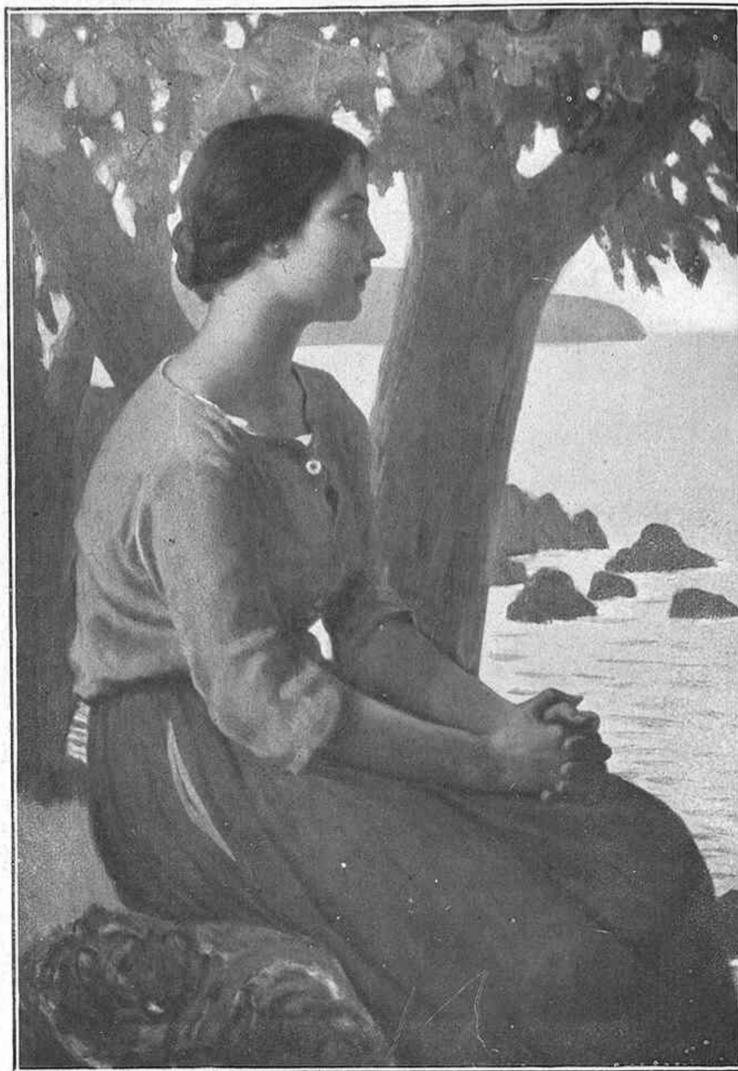
xos, podrá contener la Exposición de Artes antiguas de Flandes, que se inaugurará dentro de un mes, coincidiendo esta inauguración con la del monumento a Van Eyck, erigido a la

diversos países que han concurrido a la Exposición. El Palacio de Francia es uno de los más importantes no sólo por su arquitectura, sino también por las instalaciones que contiene;

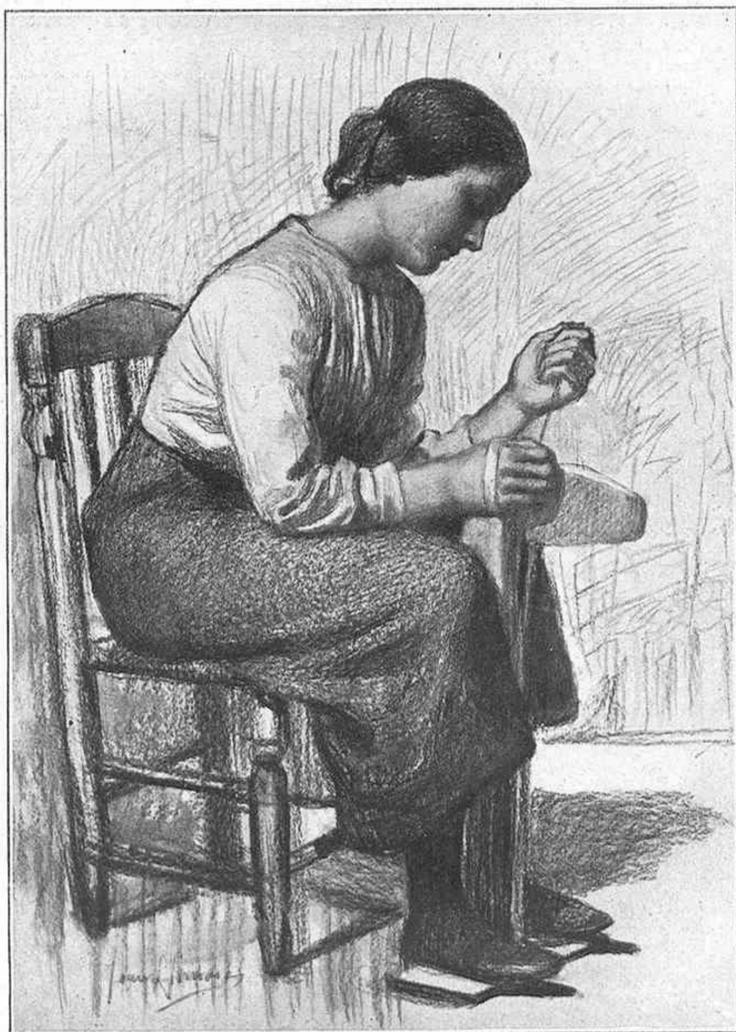
de 300 metros, precedido de esculturas de toros gigantes, y tiene en su centro, sobre el vestíbulo de honor, una grandiosa cúpula. - T. (Fotografías de Branger.)



Los que se quedan...



Contemplación



Alpargatera



Estudio

En el número 1.634 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos en la exposición de obras de Juan Llimona y emitimos el juicio que nos merecía aquella hermosa colección de dibujos y cuadros con que, después de un largo apartamiento de toda exhibición pública, se nos presentaba nuevamente el por tantos conceptos notable artista, con razón considerado como uno de los grandes maestros de la pintura catalana contemporánea.

Al reproducir ahora los cuadros y dibujos adjuntos, nada hemos de añadir a lo que entonces dijimos; ni siquiera hemos de llamar la atención sobre sus bellezas, harto evidentes para imponerse por sí solas. Únicamente reiteraremos nuestra más sincera admiración a su eximio autor y nuestros más cordiales plácemes por el éxito verdaderamente extraordinario que ha alcanzado en su última exposición en el Salón Parés.



Flor de naranjo



Las palomas de la huerta



Las «clavarieses»



La fuente del escudo

En presencia de estos cuadros del pintor valenciano Ernesto Valls, cualquiera creería que son obra de un artista llegado a la madurez de su vida. Y creería esto no sólo atendiendo a la perfección técnica con que están ejecutados, sino, además, y muy principalmente, porque en todos ellos aparece retratada en sus variados aspectos el alma de la región valenciana, es decir, ese algo que sólo un sentimiento muy hondo y una larga experiencia enseñan a conocer y a apreciar en todo su valor. Y sin embargo, no se trata de un pintor de larga historia, sino de un

joven que se halla poco más que en los comienzos de su carrera artística; pero de un joven de temperamento privilegiado, de sensibilidad exquisita, que, enamorado de su tierra, extasiado ante las bellezas de aquella huerta y de aquel cielo y cautivado por los encantos de aquellas mujeres y por la originalidad de aquellas típicas costumbres, ha sabido identificarse con todo ello y trasladarlo al lienzo con una fuerza de expresión y una brillantez de colorido que nos recuerdan a los grandes maestros de la escuela valenciana.

MADRID. - LOS EXPLORADORES DE ESPAÑA

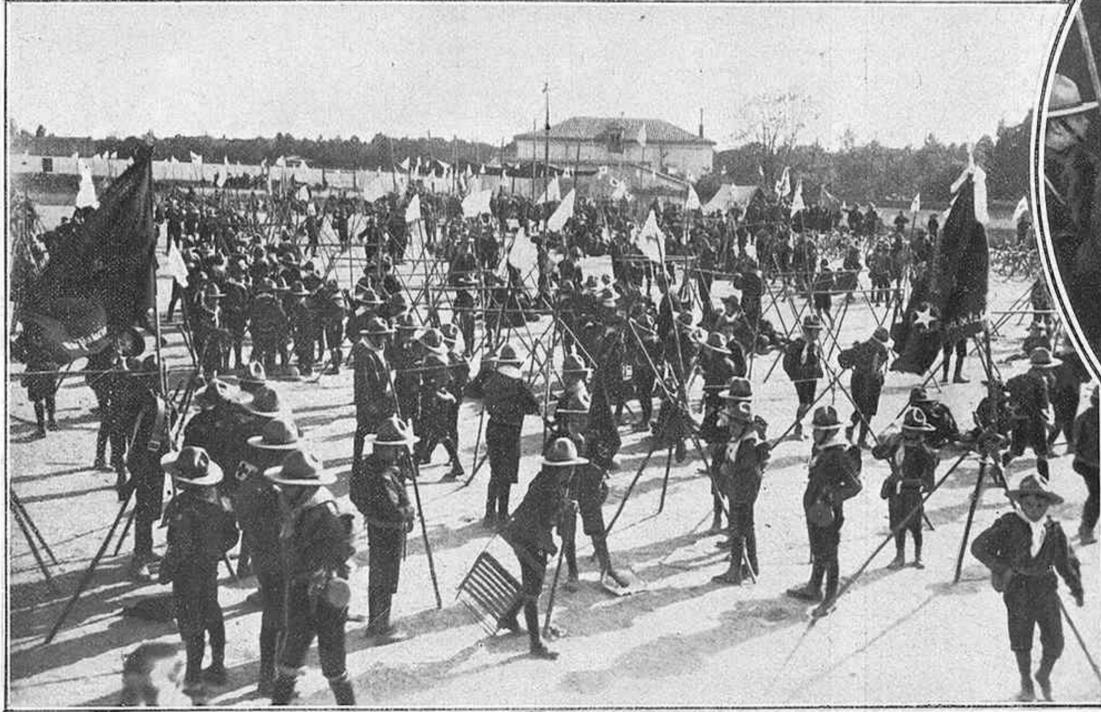
En los campos de *foot-ball* y de *tennis* que detrás de las tapias del Retiro tiene el Athletic-Club de Madrid celebró el domingo, 27 de abril último, una simpática fiesta que tuvo por objeto la promesa a la bandera de los exploradores (*boy-scouts*) de España y la presentación de éstos a S. M.

Comenzó la fiesta, en la que tomaron parte 2.386 exploradores distribuidos en grupos de 48, por la mañana, practicando

nasia respiratoria y sueca, en los que tomaron parte 1.200 exploradores y que resultaron tan interesantes como pintorescos.

Después efectuóse el acto de la promesa en colectividad que les fué tomada por el presidente del Comité, Sr. Duque de Tamames y al final del cual diéronse estruendosos vivas a España, al Rey y a los exploradores.

Terminada la promesa, S. M. el Rey dis-



Madrid. - La fiesta de los exploradores españoles. - Construcción de un campamento

diversos ejercicios de instalación y atrincheramiento y acondicionándose ellos mismos la comida.

A las tres de la tarde, llegó a la tribuna regia, levantada a la entrada del campo, S. A. R. la Infanta D.^a Isabel, y después de la presentación de los exploradores, instaláronse éstos en el campo del *tennis*. A las cuatro llegaron los Reyes y la princesa Beatriz de Battenberg, quienes, con su séquito, ocuparon la tribuna regia, en la que había los ministros de la Gobernación, Guerra y Marina, el obispo de Sión, varias autoridades y todos los individuos del Comité directivo de la Asociación de Exploradores.

Inmediatamente comenzaron las prácticas especiales ejecutadas por los distintos grupos y que resultaron en extremo interesantes y pintorescas. Entre ellas figuraban la construcción de

tribuyó a los jefes de grupo las cien cartillas donadas por los Previsores del Porvenir para los cien exploradores que más se hayan distinguido desde la fundación de la sociedad.

Hecha la distribución, los exploradores, acompañados por la banda municipal que dirige el maestro Villa, cantaron el *Himno de los Exploradores*, letra de D. Mariano Benavente y música del maestro Brull.

Por último, los exploradores desfilaron delante de Sus Majestades y por la calle de Alcalá y paseo de Recoletos se dirigieron a la estatua de Colón, en donde se disolvieron.

Durante la fiesta, un grupo de exploradores se dedicaba a las tareas reporteriles con objeto de poder luego hacer una información completa de aquella a todos los periódicos. Otro grupo de reporteros fotógrafos impresionó numerosos diésis que entregaron a sus colegas de los principales periódicos ilustrados.

Fué, en resumen, una fiesta hermosísima que satisfizo plenamente a cuantos la presenciaron y por la que merecen entusiastas plácemes sus organizadores y muy en particular el señor Iradier, que es quien introdujo en España esta institución tan útil y tan eminentemente patriótica.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE MALTA

El Congreso Eucarístico celebrado en la isla de Malta, en los últimos días del pasado abril, ha sido una manifestación religiosa de grandiosidad indescriptible.

La llegada del cardenal Ferrata, legado enviado por Su Santidad para presidir el Congreso, fué verdaderamente triunfal. Centenares de lanchas y góndolas adornadas con flores salieron al encuentro del crucero inglés *Hussar*, que conducía al ilustre purpurado, y millares de personas esperaban a éste en los muelles y le aclamaron frenéticamente cuando desembarcó, mientras eran echadas al vuelo todas las campanas de la ciudad y los cañones disparaban salvas. El legado, precedido de un brillante cortejo, dirigióse a la iglesia de la Saria, en donde monseñor Pace, obispo de Malta, le dió la bienvenida, y desde allí a la catedral de los Caballeros de Malta.

La sesión inaugural del Congreso efectuóse en la iglesia de la Musta, que se hallaba llena de congresistas, quienes hicieron una ovación formidable al legado pontificio. Al pasar éste por las calles, de todos los terrados cayó sobre él una lluvia de flores. En aquella sesión pronunciaron elocuentes discursos monseñor Heylen, presidente del comité internacional; monseñor Pace; monseñor Portelli, obispo auxiliar de Malta; el marqués de Mattei, miembro del Comité ejecutivo; y monseñor Eymard, obispo canadiense.

Entre los actos celebrados con motivo del Congreso descolaron por su grandiosidad el oficio de pontifical que dijo monseñor Ferrata y la solemne procesión, que terminó con la bendición del mar. El oficio se celebró en la catedral de Citta-Vecchia, ciudad madre de la isla, en donde los fenicios fundaron una colonia, en donde San Pablo, arrojado allí por un naufragio, convirtió a los habitantes de Malta y en donde los caballeros maltenses juraron respetar los derechos de la isla que les otorgara Carlos V.

La procesión revistió verdadera magnificencia por el número y la calidad de las personas que a ella concurrieron y fué presenciada por más de 50.000 espectadores. Salíó de la iglesia de los Caballeros y en todo el trayecto fué recibida con grandes aclamaciones; al llegar a las murallas de La Vallette, resonaron mil cánticos religiosos en la rada que surcaban centenares de góndolas; desde allí, el legado pontificio bendijo el mar, mientras la artillería hacía continuas salvas y los vapores, engalanados con banderas y gallardetes, hacían funcionar las sirenas.

PARÍS. - DERRUMBAMIENTO DE UN EDIFICIO

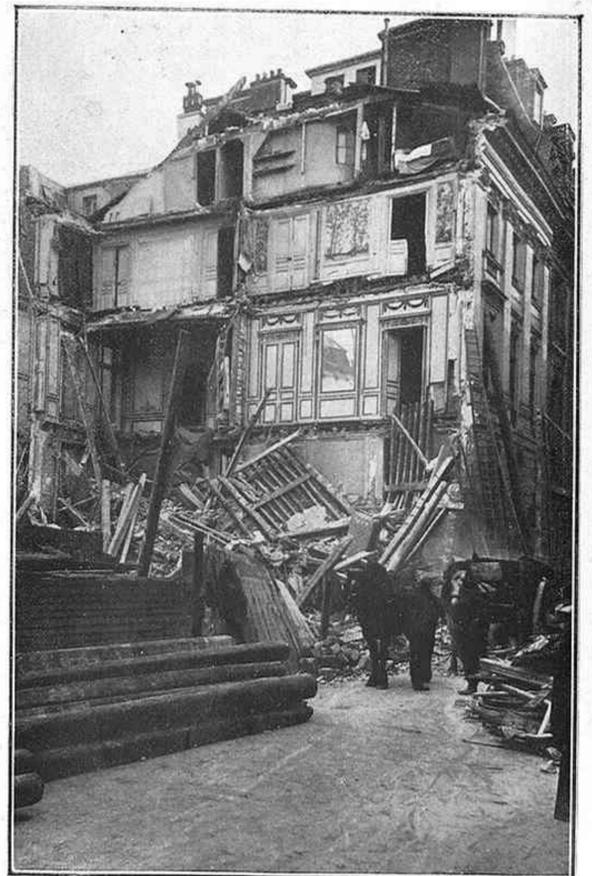
A eso de las ocho de la noche del día 25 de abril último, una explosión formidable puso en alarma a los vecinos y transeúntes de la calle de Anjou. Una espesa nube de polvo no les



SS. MM. probando los platos de repostería confeccionados por los exploradores. (Fotografías de Asenjo.)

permitió en los primeros momentos hacerse cargo de lo sucedido; pero al disiparse algo aquélla pudo verse que una parte de la casa señalada con el número 46 se había derrumbado, cayendo los escombros sobre un solar contiguo, en el cual se estaban echando los cimientos para una construcción.

Organizados los primeros socorros, pudo encontrarse casi ileso, salvado milagrosamente debajo de unas vigas, al joven Francisco Froment-Meurice; poco después, descubriáronse los cadáveres de los abuelos de aquél, los esposos Froment-Meurice.



París. - Derrumbamiento de parte de una casa de la calle de Anjou, entre cuyas ruinas perecieron los esposos Froment-Meurice. (De fotografía de Carlos Trampus.)

rice. La catástrofe se produjo mientras estaban cenando estas tres personas en el comedor, situado en la parte de edificio que se derrumbó; el criado que les servía y la cocinera, únicas personas que, además de aquéllas, había en el piso, se salvaron gracias a encontrarse, en aquel momento, en el otro lado de la casa que quedó en pie.

Créese que la catástrofe se debió a las excavaciones que se ejecutaban en el solar vecino para sentar la cimentación y que privaron del apoyo necesario a la pared maestra de la parte de la casa que se derrumbó.



El cardenal Ferrata, legado de S. S. en el Congreso Eucarístico recientemente celebrado en Malta. (De fotografía de Carlos Trampus.)

puentes, chozas, camas de campaña y caballetes; trabajos de Meteorología y Topografía, labores de panificación, de cocina y de repostería; prácticas de Telegrafía eléctrica, óptica y de banderas; trabajos de ambulancia, sección de naturalistas, ejercicios de saltos con pértiga, de *jiu-jitsu*, luchas greco-romanas y secciones de cronistas y fotógrafos.

S. M. el Rey quedó muy satisfecho de las prácticas y probó varios platos de cocina y repostería, muy bien condimentados sobre el terreno y en muy poco tiempo.

A continuación se efectuaron movimientos de conjunto por medio de señales hechas con el banderín y ejercicios de gim-

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Momento de reflexión.

- Y Juan Marcos no me lo perdonaría.

- Tienes razón. Pero se puede prevenir de otro

¡Ella que contaba tanto con la primera impresión!

Cuando su último regreso, Jaime no había visto a

se ocupaban del auto, por discreción, y una mujer rubia y alta, quitándose el velo, mostró un rostro risueño, angélico y radiante, aunque enigmático.



Si Oliverio hubiera alzado los ojos, ¡cómo la mirada de Isabel le hubiese recompensado, llena de embriaguez, llena de ternura!..

modo al ilustre y respetable Sr. Fabrecé. ¿Un billete anónimo?

- ¡Liana, no digas eso!

- Tú no, tonta. Una amiga... Aunque de poco serviría. Los hombres se sostienen todos entre sí.

- No, tiene el culto de la fidelidad. Él y mi suegra forman una pareja admirable.

- ¡Pues razón de más!

Armanda, inquieta, y sensible sin embargo a la sugestión, bajo la mirada incisiva de Liana, volvió la suya. Se habían comprendido una vez más.

El viejo Bernard salió del despacho del jefe de la estación, donde le habían llevado diversas reclamaciones. Llevaba debajo del brazo un paquete destinado a la señorita Sofía, y en la mano una podadera para Antonio y una cajita de bordados reclamados por la señora Jacquemer.

Vuelto el día antes con D. Pedro Fabrecé a quien servía de secretario, había vuelto a asumir en la casa sus funciones de factótum; el mejor de los hombres, de una abnegación a toda prueba, y considerado por todos como un amigo, casi como un pariente.

- Señoras, dijo secando el sudor que corría por su rostro barbilampiño y encarnado, con ojos claros de perro fiel, me telefonan de la quinta. No esperen ustedes al señorito Jaime. No vendrá.

- ¿Por qué?

- Porque ya ha llegado.

- ¿Cómo?

- En auto. Con una señora.

- ¿Qué señora?

- ¡Ah!, no lo sé. Me han cortado la comunicación.

- ¡Donosa partida!, dijo Liana despechada.

- ¿Qué significa esto?, pronunció Armanda furiosa.

Liana, que viajaba por Oriente con unos amigos. Se hubiera encontrado aquí con una mujer nueva, sonriente, como si le esperase con el rostro de la felicidad.

En primer lugar, ¿por qué llegaba en auto? ¿Y con quién? ¡Con una mujer! ¿Se habría casado sin decir nada? Esta sorpresa sería de un gusto deplorable.

Regresaron velozmente en el cupé.

Mientras tanto, Val-Montoir estaba ya en revolución.

La emoción causada por la llegada de Simona y de sus hijos en la mediocre victoria de alquiler no era nada al lado del estupor producido de improviso por la aparición triunfal, anunciada a largos clamores de sirena, de Jaime entronizado en un magnífico automóvil descubierto, y rodeado de desconocidos.

Jaime tenía la tez amarilla, los ojos que tendían a oblicuarse, el sello asiático que la adaptación del medio ambiente había impreso en su fisonomía, una sonrisa ambigua bajo un bigote negro, y un aire vago en que parecía dominar la ironía.

Sofía se le había echado primero al cuello; las señoras Fabrecé y Siglet-du-Salt, sosteniéndose mutuamente, habían bajado a toda prisa la escalera, mientras Florencio, desde lo alto de su ventana, agitaba señales de prisionero, y las hijas de Juan Marcos y las hijas de Simona bailaban una danza de caribes.

La presencia de los forasteros no pudo moderar aquellos transportes: «¡El Chino!, ¡qué alegría!, ¡el Chino!»

El rumor atrajo a la puerta de la cocina y de las cuadras a la servidumbre contenta. Se avisó por teléfono a D. Pedro y a Juan Marcos, que estaban en los establecimientos.

Los choferes, que se habían quitado la máscara,

Sofía, tocando el codo del Cónsul, lo llamó a la etiqueta.

Excusándose, él se apresuró a hacer las presentaciones, y, en su ignorancia de los últimos acontecimientos, pronunció en tono jovial, como si creyese causar un gran placer, el nombre más inesperado:

- La hermana de nuestro Sergio, la señora Belloni, que he conocido a bordo.

»Sus amigos, el marqués de Santa Gloria, el coronel Hawks, D. Pedro Morales.

Siguió un silencio lleno de perplejidad.

¿La señora Belloni? ¿Qué extraordinaria casualidad?, ¿qué misión especial introducía aquí a aquella extranjera, tan allegada a ellos por los vínculos de una unión que había venido a ser precaria, en aquel momento en que, a causa del mal causado por su hermano, la más cortés, la mejor voluntad no podía recibirla sino con un involuntario y frío malestar?

Aquí estaba pues aquella cuñada singular que aun no habían visto nunca y a quien no conocían sino a través de su leyenda de belleza y de lujo, casada en el Canadá con un agrónomo italiano que explotaba vastos dominios; y alternativamente reñida o reconciliada con Sergio, que evitaba el hablar de ella.

¿Sabía ella su conducta? ¿Había venido espontáneamente, autorizada por su fortuito encuentro con Jaime y la pronta familiaridad del viaje? ¿En qué términos estaban ya? Muy amistosos, al parecer; casi demasiado para el caso. Cuestiones que preocupaban a todos y sobre las cuales nadie se atrevía a preguntar.

La señora Fabrecé no había podido dispensarse de ofrecer en el salón una corta hospitalidad a los recién llegados; pero la señora Belloni, notando la curiosidad ansiosa, admirativa u hostil, que ella suscitaba, según los caracteres, dijo:

— Pensaba encontrar a Sergio aquí. Me ha parecido que D. Jaime nombraba hace poco a mi cuñada Simona. ¿No puedo abrazarla a mi vez?

El timbre de su voz era delicioso; a todos encantó, menos a Simona, la cual, disimulada al principio detrás del grupo, acababa de esquivarse rápidamente: toda conversación le hubiera sido demasiado penosa.

La señora Fabrecé contestó:

— Dispense usted a mi hija: no se encuentra bien.

— ¡Ah!, exclamó la señora Belloni.

— ¿Hace tiempo que no ha visto usted al señor Polotzeff? ¿Carece usted de noticias de él?

— Hace meses que no sé nada de mi hermano.

El rostro de la señora Belloni adquirió una dignidad encantadora y aristocrática. Sentía que el terreno se hacía peligroso. El aire pálido y abatido de su cuñada y su huída no había escapado a su observación aguda. ¡Oh!, Sergio había debido de hacer de las suyas. Lo mejor era abreviar.

Así es que, a pesar de corteses instancias: «el señor Fabrecé iba a llegar y se alegraría de...» se levantó, y, sonriendo con una sonrisa muy particular, exquisitamente virginal, con algo de equívoco en la comisura de sus labios, dijo:

— Mi único objeto era devolver D. Jaime al afecto de los suyos. Aquí está en puerto seguro. ¡Adiós, caballero, acuérdesese de su promesa!

La amabilidad de la despedida disimuló su precipitación.

Delante de la señora Belloni y bajo la mirada fría del marqués, viejecito amarillento, con el bigote teñido, el grande y rojo inglés y el joven peruano de ojos de terciopelo habían saltado al auto. Saludos, las sonrisas de rúbrica, y la poderosa máquina, haciendo un *viraje* magistral, se llevó a los viajeros.

Jaime siguió con la vista el velo flotante de la joven y hermosa mujer.

— ¿Verdad que es encantadora?

— Pero, ¿nos explicarás?..

— ¿Cómo la conocí? Van ustedes a saberlo.

Se había embarcado en Aden, volviendo de las Indias. Y lo raro es que había vuelto a encontrarla providencialmente en Lyon, cuando, después de haber bajado del rápido para comprar periódicos, la había visto partir otra vez, dejándole con un palmo de narices.

Exclamaciones y risas. ¡Oh! ¡ese Jaime! ¡Siempre el mismo! Se creía en China, donde nadie va de prisa.

De pronto, reaparecía escoltada de amigos y se lo llevaba a la fuerza en su auto.

— ¿De quién es el auto?

— Del marqués de Santa Gloria, su compañero de viaje.

— ¿Y su marido?

— Es viuda.

Sofía se aventuró a decir:

— En todo caso no busca la soledad.

El Cónsul declaró:

— Es una mujer superior, de una inteligencia, de un gracejo... ¿Verdad que es exquisita?

— Muy hermosa, dijo la señora Fabrecé, aunque tiene un indefinible aire de Sergio que no me acaba de gustar.

Isabel dijo suavemente:

— No sabemos nada de ella. Después de todo, no es responsable de la conducta de su hermano.

— ¡Cómo! ¿Sergio?.., preguntó Jaime, como si cayese de la luna.

Y, consciente de la atmósfera insólita, añadió:

— ¿Qué pasa?.. La han recibido ustedes muy fríamente... ¿Hice mal en?..

— Ven a tomar el te, hombre de las planchas, dijo gentilmente Oliverio dándole un golpecito en el hombro.

Acababa de poner al Chino al corriente de la desgracia de Simona, cuando Florencio, que se consumía de impaciencia, hizo su entrada, transportado en un sillón por Antonio y Gervasio. Poco después Simona se deslizo como una sombra. Cirilo Jacquemer en un rincón escuchaba crecer la animación, alegre y grave.

Dejando aparte a la señora Belloni y a Polotzeff, la conversación era un asalto de réplicas e interjecciones, un discurso cien veces reanudado e interrumpido para venir a los eternos estribillos:

«¿Te encuentras bien? Estás rejuvenecido. El mar te prueba. No te dejaremos partir otra vez. Esta vez vas a casarte.»

Más importante que todo lo demás, parecía que la llegada de Jaime suspendió las otras preocupaciones con la inmensa alegría que causaba.

La gran familia le miraba con ojos de ternura; mientras se confortaba con una taza de te — con su madre al lado y Sofía e Isabel que le presentaban

respectivamente la azucarera y el limón — cuando Armanda y Liana se presentaron con la sonrisa conveniente.

Nuevas efusiones. Y una pausa llena de emoción. Acababa de aparecer en el hueco de la puerta la gran estatura del Sr. Fabrecé, con su noble rostro bajo la ceniza de las sienes y de las puntas del bigote, que había entrado sin ruido y permanecía inmóvil al lado de Juan Marcos, gozando de aquel espectáculo tan feliz y admirando a todos los suyos reunidos.

Jaime, de emoción, casi dejó caer su taza. Su padre le abrazó, y le alejó con sus vigorosas manos para contemplarle mejor, de frente, con sus grandes ojos, y le dijo estrechándole de nuevo sobre su corazón:

— ¡Bien venido, hijo mío!

II

Dos días después, se encontró el equipaje que se había perdido — ¡qué trabajo le había costado a Bernard! — y el Cónsul procedió a la distribución solemne de los regalos. Siempre traía maravillas, y cada vez con mayor munificencia.

Todo un desembalaje: vasos de una fineza maravillosa, álbumes raros, marfiles antiguos destinados al padre, pieles, telas de seda y bordados para la abuela, mamá Reina y sus hermanas, sin olvidar a Liana; a Oliverio, un traje de general manchú; para Cirilo, armas de precio que, por un curioso contraste, le gustaban mucho al pacífico historiador, pues encontraba placer en palpar el puño adamascado y la cortante hoja; a Florencio, una pipa para opio; a Antonio, utensilios de pesca; esto para Bernard, esto otro para Jenny-Rosa; a los niños, muñecas y juguetes; a los criados, pequeños presentes; todo fué distribuido, a excepción de un traje de *Mil y una Noches*, que pareció el más hermoso, aunque Armanda y Simona hubiesen recibido regalos igualmente ricos. Jaime lo reservaba para la señora Belloni; atención que nadie se atrevió a censurar, pero que fué diversamente apreciada y que hizo palidecer notablemente a Liana.

Era evidente que, por el momento, ésta no tenía ninguna probabilidad de conquistar a Jaime, cuyo pensamiento absorbía la señora Belloni. Mil indicios lo hacían creer así: el Chino preguntaba a cada correo si había carta para él; tenía una manera particular de mezclar en la conversación el nombre de la joven viuda y de interrumpirse bruscamente, como oscilando entre el deseo de oír hablar de ella (no siempre caritativamente) y el temor de carecer de tacto, a causa de Simona. ¡Al diablo Polotzeff! ¡Este animal había escogido el momento más inoportuno para enajenarse toda la familia!

Estaba verdaderamente enamorado de Vera, nombre corto y dulce, cuya limpidez le encantaba. ¿Qué culpa tenía ella si Sergio era un villano? ¿Era una razón para que Jaime se abstuviese de relacionarse con ella?

Tan largo tiempo separado de los suyos, Jaime aun no sentía tenderse, rígido, el lazo que unía el haz de los Fabrecé, solidarios en afectos u odios comunes. Admiraba lo extraño de la suerte que, de dos extremos del mundo, había reunido a dos seres ayer desconocidos el uno del otro, aunque predestinados a conocerse.

Era todo un atraso de deseos, de sueños, de ilusiones, una reserva de ternura, lo que hervía en él. Privado, en su lejana residencia, de toda delicadeza femenina, el prestigio de la señora Belloni le había conquistado inmediatamente; esto se debía tanto a su hermosura como a la ocasión propicia: con sus puras formas, su cutis blanco como la leche y su vivo espíritu de occidental, se había presentado a punto, la primera y conforme a la idea romántica que él se hacía del amor.

¿Se había señalado un fin preciso? No. Ella era viuda, indudablemente consolada, si es que había llorado largo tiempo al honorable Sr. Belloni; quien dice viuda dice libre. Esto hacía posibles muchas cosas.

Unos celos oscuros habían ayudado a la cristalización de aquel violento atractivo revelándole el incomparable ritmo plástico de la señora Belloni, a las muelles inflexiones de las olas, cuando la cubierta del buque huía bajo sus pies o cuando el viento húmedo le pegaba la ropa al cuerpo. Durante la travesía, las miradas del viejo marqués no eran exclusivamente paternas. Y, con su tipo de esclava fantástica languidecido por el falso entorpecimiento italiano, ¡cómo turbaba, a pesar de su fingido desinterés, al coronel Hawks y al joven Morales, aquellos amigos que la esperaban en Marsella!

Jaime había sentido la mordedura de rivalidades

eventuales, y su instinto de conquista se había avivado. Había además los misterios de Vera, rica, independiente, sin más ley que su antojo. Todo esto y lo que, a pesar de su ciego entusiasmo, aducía razonablemente para combatirlo, su concepción burguesa de los actos, su percepción de fugitivas disonancias en la joven mujer, y el extraño secreto en que quería tener su vida pasada, eludiendo preguntas demasiado precisas, todo esto le ponía febril día y noche como un filtro mágico: bálsamo o veneno, él no sabía si era lo uno o lo otro.

Despechada, Liana anunció su partida; fueron vanos todos los esfuerzos que se hicieron para retenerla. Por una involuntaria agonía, él se ofreció a acompañarla, pues tenía que ir al ministerio. Pretexto. La verdadera razón era su invencible necesidad de ver a la señora Belloni. Precisamente le había escrito invitándolo a comer, pero rogándole que guardase el secreto, pues tenía que hablarle confidencialmente de cosas penosas y delicadas.

Relativas a Sergio, seguramente.

El trayecto en tren careció de afabilidad. Oliverio los acompañaba. Jaime, sin fijarse al parecer en el execrable humor de Liana, la dejó a la puerta de su domicilio, anunciando una próxima visita a la señora Charnot.

Y ordenó al chofer.

— ¡Splendid Hotel, de prisa!

Mientras tanto, Oliverio se fué a casa de las señoras Sarnel, con la secreta aprensión que le hacía encontrar en aquellas visitas un placer finalmente desvirtuado por exceso de mediocridad. El desacuerdo de los seres que veía en aquel humilde quinto piso tan bajo de techo, la disparidad de las almas le causaba siempre una sensación de enervamiento bastante hostil para que él se prometiese no volver.

Y volvía, a pesar suyo, fascinado por los ojos patéticos de inteligencia de Isabel Sarnel, aquellos ojos tan grandes y de un azul tan intenso, que impedían ver otra cosa en su rostro ya ajado, de un blanco de lirio que muere en un cuarto sin aire.

¿Era posible que la señora Sarnel, a quien las dos hijas mayores, Julieta y Marta, se parecían demasiado, la señora Sarnel quejumbrosa y autoritaria, cobarde en presencia de la vida, dura con los débiles y adúladora de los ricos, sin ideas, sin moral, limitando sus principios a salvar las apariencias; la señora Sarnel con su cara estirada por la envidia y el denigramiento; aquella mujer que quizá no era mala sino peor, era posible que hubiese creado dos seres excepcionales como Andrés, muerto por el deber, y la señorita Isabel, consagrada al mismo ideal?

Andrés, en su corta carrera militar, se había aislado, siendo tan estoico que vivía fuera del alcance de todo lo vulgar.

Pero la señorita Sarnel debía sufrir, en su superioridad, en medio de la incompreensión atrabiliaria de los suyos. Lisiada por añadidura, coja condenada a la muleta, pegada a su silla y a su mesita en que tecleaba durante horas la máquina de escribir, a menos de que su pluma corriese en traducciones del inglés. De este pobre salario (la señora Sarnel era además estenógrafa) vivían las dos mujeres y hacían vivir a Julieta, demasiado enferma para ayudarlas, y a Marta, que seguía los cursos del Conservatorio. ¡Pobre señorita Sarnel! ¡Triste centro!

Oliverio se detuvo delante del felpudo usado de la puerta de la escalera. La campanilla, una cinta de tapicería con una gruesa anilla de cobre, sonó débilmente.

Oyó un paso regular y aquel choque de la muleta que, cada vez, le daba un pequeño golpe sensible.

La señorita Isabel abrió, y su rostro se inundó de alegría:

— ¡Pase usted! Mamá ha salido y como ha despedido a la criada...

Sí, el drama miserable y cotidiano: la legañoso criada de veinticinco francos, abrumada de reproches y maltratada, de la cual la señora Sarnel exigía excelentes maneras, una cocina perfecta, coladas abundantes y a quien despedía ignominiosamente veinticuatro horas después, cuando la otra no le tiraba el delantal a la cabeza.

Oliverio siguió a la joven — si joven era todavía a los treinta y dos años — a una minúscula habitación que parecía una pajarera, llena de aleteos de canarios y de periquitos verdes: única distracción de Isabel. Ésta la cuidaba como quien no tiene otros seres que amar, y encontraba en sus cantos esclavos un consuelo que se reprochaba a veces, aunque pensando que al menos no padecían frío ni hambre.

— ¿Qué tal vamos hoy?, preguntó Oliverio.

Habíase establecido entre ellos, a través de sus cartas, una confianza que llegaba hasta lo más ínti-

mo hasta lo más profundo de la conciencia, abordando las cuestiones que les parecían de interés vital.

Isabel bajó la voz:

— No tan bien como yo quisiera; hay horas pesadas.

Oliverio lo comprendió perfectamente: aunque la perseguían por sus gustos elevados, por sus lecturas nocturnas de libros «fastidiosos», por sus silencios «de gran señora» en contestación a los chismes y murmuraciones, todo lo cual hacía que la acusaran de «desdenar» a las demás, ella se resignaba al suplicio de las mortificaciones y ofensas continuas, pero imponía a todos una especie de respeto. Sin embargo, no podía acostumbrarse a lo que más la hacía sufrir (Oliverio no lo ignoraba): la maldad de Julieta, la conducta inquietante de Marta, y su «vocalización» sin talento para el teatro, es decir, la prostitución a plazo más o menos breve, sin hablar de la grave preocupación causada a la familia por Alejandro, un sobrino de la señora Sarnel, recogido más bien por ostentación familiar que por compasión, un perdido de diez y nueve años que había cometido ya una porción de indelicadezas en casa de su principal, comerciante del temple.

Y lo peor — cosa de que Isabel no hablaba nunca y que ofendía horriblemente su pudor filial — era el hecho de que, en las situaciones apuradas, su madre recurriese a un viejo amigo apellidado «el Padrino», cuyas mezquinas liberalidades atestiguaba como la supervivencia abolida de algo vergonzoso.

Oliverio no ignoraba nada, merced a las habladurías de Marta y a las quejas de la señora Sarnel, del pasado de la familia, que había estado en buena posición. Pero diez años atrás el Sr. Sarnel, industrial, se había suicidado ante la ruina, y su mujer no se había consolado nunca de no tener ya coche y casa lujosa. Eran constantes ritornelos: «El año en que teníamos dos butacas en la Ópera Cómica», o: «¿Recuerdas, Julieta, qué bonita era nuestra casa de campo de Viroflay?»

— Le he traído a usted el libro que deseaba, dijo Oliverio a Isabel.

Y le presentó los *Ensayos* de Emerson. Verdaderamente, Isabel se ponía hermosa cuando sus ojos sonreían, aquellos ojos que eran su cara y casi todo su ser.

Una voz agria y sofocada salió del cuarto inmediato:

— ¿Quién es, Belita?

Él detestaba este diminuto.

La lisiada se levantó:

— Venga usted a saludar a Julieta.

De lo contrario, no los hubiera dejado tranquilos.

Julieta, sentada en una butaca llena de almohadas, los recibió con una maligna sonrisa de triunfo. Descolorida, con sus grandes ojos de cordero degollado, con las alas de la nariz azuladas, sus labios cárdenos lo mismo que la extremidad de las uñas, se ahogaba sin cesar, a causa de una mortal afección cardíaca, debida a una mala conformación congénita. Exasperada de sufrir, mostraba el egoísmo feroz de los incurables.

— ¡Ah! Ya me figuraba que era usted..., dijo entre dos sofocaciones. Sobre todo no impida que Belita... haga mi sombrero... para el domingo.

Sí, Isabel confeccionaba también los sombreros de la familia, y, al entrar, Oliverio había visto el de Julieta ya listo, con grandes plumas y una escarapela de encaje dorado, el sombrero de gala que ella exigía para adornar su rostro de agonizante, en el fiacre que las conduciría al Bosque de Bolonia.

Julieta repuso:

— ¿Por qué no viene usted a leer cerca de mí? ¡Me gusta tanto la lectura!

Oliverio echó una mirada involuntaria al montón de folletines grasientos que tenía sobre sus rodillas: espeluznantes historias policíacas, de robos de niños y de toda clase de crímenes, únicas novelas que le gustaban.

— ¡Ah!, sí, ¡ya sé que usted me desprecia!

Y el ritmo de su respiración se aclaró; se puso lívida, sus manos batieron, su boca aspiró convulsivamente el aire, sin que se pudiese saber la parte de simulación que se mezclaba, para asustarlos, a su harito real sufrimiento. Su hermana le hizo respirar éter.

Oliverio abrió ya el libro de Emerson y se disponía a leer. Julieta los miraba con rencor. ¿Por qué hablaba aquella lengua incomprensible? Poco a poco el éter y la voz monótona la adormecieron.

Si Oliverio hubiese alzado los ojos, ¡cómo la mirada de Isabel le hubiese recompensado, llena de embriaguez, llena de ternura, una mirada cuyo alcance no sospechaba ella misma y que sin embargo bajó cuando el oficial hubo acabado el capítulo.

Julieta dormitaba con respiración angustiosa. La piedad oprimía ahora el corazón de Oliverio.

¡Ah!, ¡triste existencia! ¿Por qué vivir cuando la vida es una carga fatal, cruelmente pesada para los demás y para uno mismo?

¿Cómo fué que la mano del joven se encontró en la de Isabel como para un apretón de novios?

— Amiga mía...

Y recordando una frase de la vejez de Goethe, una frase valiente que ella adoraba, añadió:

— Hay que decirse: «¡Más allá de las tumbas, adelante!»

Ella le contestó con su admirable mirada, llena de alegría: sí, más allá de las ilusiones marchitas, de las penas de toda clase, de las bajezas de la condición humana, de las enfermedades de la muerte misma en perpetua suspensión, adelante, por el calvario de la bondad y del sacrificio.

Hablaban, aproximados por su noble emoción. Y, como siempre, era el ausente, el desaparecido quien los unía en su recuerdo. El humilde cuadro se desvanecía; no se oían más ruidos que los ligeros aleteos y los pequeños gritos de los pájaros en sus jaulas. Sobre el amor de su hermana y de su amigo, aquel lazo místico y casi incorpóreo, Andrés Sarnel, velaba sonriente.

De pronto estalló una mofa aguda:

— ¡Ah!, ¡muy bien!, ¡muy bien!

Julieta había abierto los ojos y los escrutaba con una rabia indecible, insultante, llena de reproches aviesos. Isabel se puso muy colorada al notar que sus manos no se habían separado. Sin inmutarse, miraron a la enferma con una serenidad demasiado pura para que pudiese comprenderla.

Oyéronse voces en la antesala. Disipóse el encanto. La señora Sarnel, exhermosa mujer toda agrietada por arrugas delgadas como cabellos, pero vestida con coquetería, apareció:

— ¡Cuánta amabilidad! ¡Va usted a hacernos el favor de merendar con nosotros! ¡Sí, sí! ¡Marta pondrá la mantequilla en las tostadas! ¡Cabalmente traigo exquisitos langostinos! ¡Ah!, no, esto son cintas de las galerías La Fayette. ¡Marta! ¡Ven, en seguida! ¡Está aquí el señorito Oliverio! ¡Besos del padrino, Belita! Acabo de verle.

Marta, que había estado arreglándose la cara con un poco de negro, carmín y polvos, entró teatralmente de perfil y hablando con el énfasis de los malos cómicos:

— ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de ver a usted!

Se las echaba de niña, y, con sus trenzas colgando, sus ojos oblicuos y su aire de inocencia maula, trataba de enamorar al joven.

— ¿Y su pobre brazo? ¿Ya no le duele tanto?

Julieta, con su maliciosa sonrisa, se burló del sueño de su madre que consistía en explotar las visitas del teniente en provecho de Marta. El África, con un buen matrimonio, era preferible a los bastidores. Pero, ¡táctica inútil!

Oliverio se excusó: su puesto ya no estaba allí. Quería conservar intacto el recuerdo de la intimidad. Y no hubo medio de retenerlo.

III

En el Splendid, Jaime entró en una de esas *caravanas* colosales en que la vida parece regulada por leyes mecánicas: ascensores rapidísimos, criados autómatas, *halls* inmensos, músicas invisibles, muros vibrantes de agua, vapor y electricidad.

Un saloncito anónimo, resplandeciente de oro y sederías, en que la señora Palmé, la dama de compañía, le recibió.

De una fealdad singular, con enormes ojos dulces y una boca cosida de secretos, guardaba silencio; era muy trigueña, baja de estatura y muy ancha de caderas como un sapo. Su presencia indispensable constituía para la belleza de Vera Belloni una contraposición superflua e inquietaba como una tara.

Jaime una vez más dominó su repulsión. Demasiado perspicaz para no darse cuenta de ello, ella con benevolencia le sonreía, pues le honraba con halagadora simpatía.

La aparición de la señora Belloni, en traje liberty color de rosa ribeteado de pluma de cisne, disipó la breve pesadilla del Chino.

— La pobre Juana apenas se halla repuesta del viaje, dijo la viuda.

La travesía la había fatigado tanto que había sido necesario dejarla descansar en Marsella.

— Estaremos solos, repuso la señora Belloni; el marqués, que se hospedó en el hotel de los *Reservoirs*, salió ayer de viaje. Su secretario acaba de telefonarme noticias suyas.

El hecho de que el Sr. de Santa Gloria hubiese elegido Versalles y no París, impresionó favorable-

mente a Jaime, que creyó deber preguntar por los otros dos.

— Creo que el coronel está en Londres y Periquito está con la *grippe*.

¡Benditas ausencias! Sobre todo la del marqués, cuyo incierto papel tenía tanto de protector como de enamorado. Pero, ¿por qué no había de ser simplemente el viejo amigo que ella afirmaba? Jaime admiraba la radiante hermosura de la joven viuda, aquella cara tan perfecta que permitía mal un examen minucioso. Sin embargo, la duda le asaltaba por momentos. Acostumbrado a formas sociales determinadas, la situación mal definida de la señora Belloni le desorientaba. Hasta sobre su viudez se cernía la incertidumbre, pues sólo había sabido, por vagas alusiones, que, en vida de su marido, fué incomprensible y desgraciada. Pero su prestigioso encanto volvía a inclinarlo pronto a las interpretaciones más crédulas y optimistas.

Preguntó amablemente por todos los Fabrecé a quienes conocía un poco por Sergio y mucho más por él, gracias a sus largas expansiones a bordo del *Colombo*; aquellos Fabrecé que le habían hecho pagar un poco — lo decía sin rencor — la inoportunidad de su visita.

— Debo decir a usted que, desde hace dos días, me explico muchas cosas; ya le diré por qué. Pero almorcemos. ¿Tiene usted apetito?

El estómago anemiado de Jaime encontraba a los manjares un sabor olvidado. La «buena Juana» reapareció, y un juego de mesas aderezadas y de criados silenciosos hizo circular un servicio delicado que la señora Palmé vigilaba, con sus ojos fascinadores. Bebíase un champaña seco y *frappé*, alternando con un *romanée* ardoroso.

Jaime sentía latir su corazón con más fuerza. Oleadas de bienestar recorrían su cuerpo. Se animó, alegre, seductor, con aquel carácter de niño grande que le conquistaba los corazones. La señora Palmé reía y le contestaba, mientras que Vera Belloni, la cual se parecía realmente a Sergio de extraña manera, caía en fugitivas reflexiones, con la barba apoyada en la mano. La ancha manga del vestido caía hasta el codo, dejando al descubierto la blancura del brazo ve-teado de azul. Jaime nunca había visto carnes más delicadas ni más suaves. Aquel brazo, y el cuello descotado, y la nuca de ámbar bajo los ricitos de oro, le fascinaban.

En el momento del café, apenas notó que su deforme aliada se eclipsaba furtivamente.

— ¿Quiere usted llamar, amigo mío, para que retire todo esto?

Estaban otra vez solos.

— ¿Un cigarrillo?

Ella le tendió la caja, pero él se la quitó lentamente de las manos, depositando sobre sus dedos de nácar besos de fiebre, que ella aceptaba con un aire distraído de princesa voluptuosamente enternecida. ¿Fué el champaña, fué el *romanée* el que le dió aquella audacia, o fué el candor impetuoso de un corazón virgen que, guardándose mal de las sospechas, se entregaba enteramente?

— Yo la amo, murmuró, yo la amo; ¿no lo adivinó usted? Tiemblo de miedo de desagradarle, y, sin embargo sé que no puede ignorar lo que siento. Mi turbación, mis miradas, mis silencios inquietos todo se lo ha dicho; ¿no es cierto?

Ella se sonreía:

— ¿De veras? ¿Tan pronto?

— Tan pronto, sí. No la conozco sino desde hace algunos días, pero no cabe error en esto. Vera, yo la amo, y es preciso que sea así, puesto que, en medio de la pena de los míos, no puedo menos de olvidar la conducta de su hermano; falto a mis deberes de familia para no pensar más que en usted. Vera, ¿podrá usted dudar si le digo que seré lo que usted quiera, su amigo preferido o su esposo?

Ella reprimió un sobresalto:

— ¡Casarse conmigo! ¡Usted!

— Yo.

Vera miró con una rápida dulzura, mezclada de compasión, al hombre bastante entusiasta y bastante joven para ofrecerle así, en un arranque sincero, su nombre, el de los suyos, el compromiso irrevocable de un destino.

— ¡Pero si usted casi no me conoce, mi pobre Jaime!

— Yo la amo.

— Usted no sabe nada de mí, de mi carácter.

— La amo.

Casi se había arrodillado a sus pies, con una emoción más fuerte que sus dudas, sus escrúpulos y el aviso de su prudencia. No dudaba de que aquello era una locura, pero le parecía caballeresco jugar su suerte a un golpe de dados.

(Se continuará.)

PARIS. - EL CENTENARIO DE FEDERICO OZANAM

El día 23 de abril de 1813 nació en Milán, entonces ciudad francesa, Federico Ozanam, cuyo centenario acaba de celebrarse en París con grandes fiestas religiosas para presidir las cuales S. S. el papa Pío X ha enviado un legado especial, el cardenal Vanutelli, a la capital de Francia.



Monumento a Federico Ozanam, obra del escultor Geoffray

Este monumento, erigido en la cripta de la iglesia de los Carmelitas de París, ha sido inaugurado por el legado pontificio cardenal Vanutelli con ocasión de las fiestas celebradas para solemnizar el centenario del fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Ozanam, que murió a la edad de cuarenta años, después de haber sido profesor de la Sorbona, fué el fundador de una de las obras más admirables que en la religión católica se han inspirado: las Conferencias de San Vicente de Paúl. En una época en que algunos utopistas elaboraban sistemas destinados a reformar el mundo y a arrancar para siempre de él la miseria, Federico Ozanam, con una clarividencia casi profética, comprendió que no era menester soñar con una sociedad nueva, sino aportar a la sociedad vieja toda la bondad y toda la caridad de que son capaces los hombres. Y de este modo creó las Conferencias de San Vicente de Paúl; mientras los demás discutían, él supo obrar, y el porvenir le dió la razón, puesto que el sansimonismo que le oponían ha desaparecido y en cambio la obra de Ozanam subsiste, se ha extendido por todo el orbe católico y cuenta millones de adeptos.

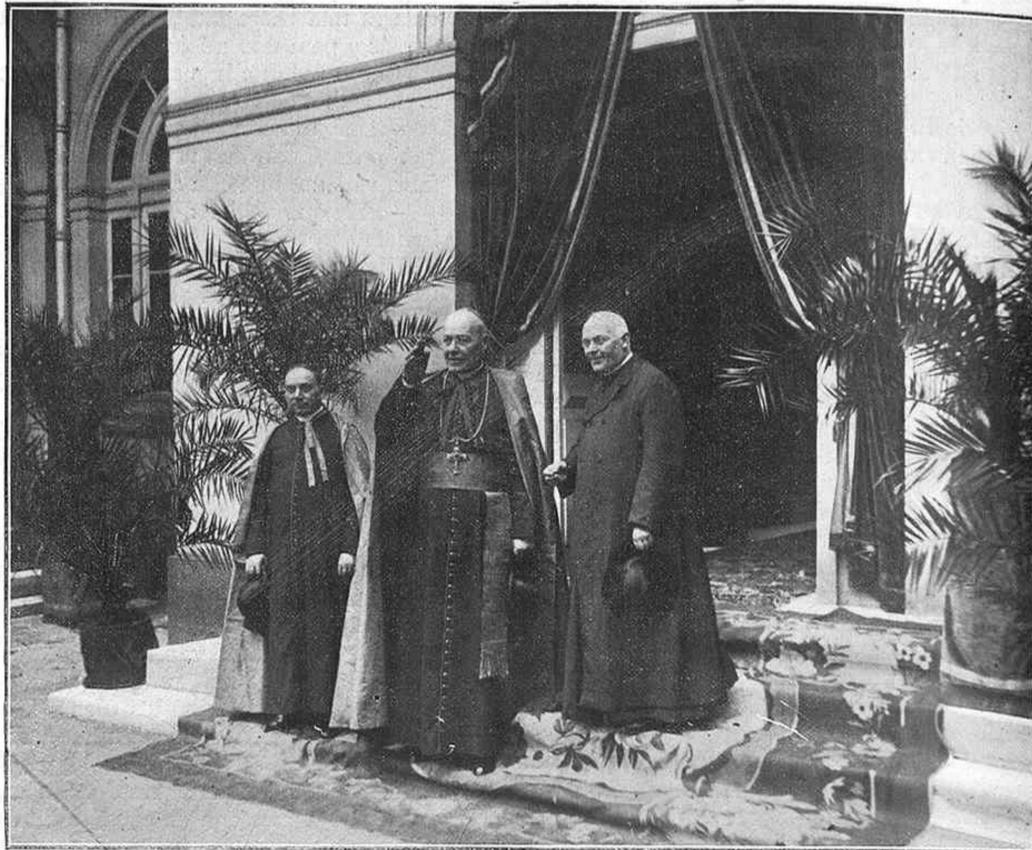
Los comienzos de aquella admirable asociación fueron por demás difíciles; a la primera reunión concurrieron Ozanam y siete estudiantes más, todos animosos, llenos de fe, pero inexpertos, por lo que hubieron de dirigirse a la religiosa de San Vicente de Paúl Sor Rosalía, célebre por su abnegación y su espíritu de caridad, que les ayudó poderosamente con sus conse-

jos. Entonces aquellos jóvenes visitaron personalmente las viviendas más humildes, los zaquizamies más repugnantes, para llevar a ellos al mismo tiempo que la limosna pecuniaria, la limosna moral y no menos preciosa de las consoladoras palabras. Aquella obra admirable fué acogida en un principio con burlas, malevolencias, críticas duras e injustas; pero a todo supo hacerse superior Ozanam, presintiendo el alcance social que podría llegar a tener aquel contacto de los dichosos con la miseria, y con su perseverancia y su energía supo hacer triunfar aquella empresa, de la cual ha podido decirse con razón que «es la obra maestra y el taller de aprendizaje donde todas las obras sociales acuden a buscar sus obreros».

Las fiestas con que en París se ha celebrado el centenario de Ozanam han sido las siguientes: el día 25 hubo recepción en el Instituto católico; el 26, por la mañana, el cardenal Vanutelli bendijo e inauguró el monumento erigido a la memoria de Ozanam en la cripta de la iglesia de los Carmelitas y por la noche presidió la Asamblea general internacional de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que fué una manifestación religiosa verdaderamente espléndida y una grandiosa glorificación de Ozanam; y el día 27 el cardenal legado celebró una misa en la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre y por la tarde el canónigo padre Janvier pronunció en el mismo templo un hermoso panegírico del fundador de las Conferencias.

LA CUESTIÓN DE ORIENTE

La toma de Eskutari por los montenégros ha venido a complicar de un modo extraordinario la cuestión de Oriente; y por si algo faltaba para hacer más difícil la solución del problema, el hasta hace poco defensor de aquella plaza, Essad-bajá, se ha proclamado rey de Albania, sin esperar a que las potencias resolviesen acerca de la organización de este nuevo reino que se proponen crear.



El legado pontificio monseñor Vanutelli dando la bendición a los fieles (De fotografías de Harlingue.)

Los embajadores de las potencias enviaron una nota a Montenegro ordenándole la inmediata evacuación de Eskutari; Montenegro contestó que daría su respuesta después de la Pascua ortodoxa; y Austria en vista de este procedimiento dilatorio, exigió de la conferencia de Londres una resolución pronta y enérgica contra el pequeño Estado que se atrevía a desobedecer las intimaciones de las grandes potencias, y pidió o bien una acción colectiva, o una delegación para ejercer ella sola esta acción, anunciando que en caso de no aceptarse ninguna de estas proposiciones, recobraría su libertad de acción.

Reunidos los embajadores examinaron y discutieron detenidamente todos los aspectos del problema y, según parece, estudiaron una fórmula que facilitase a Montenegro la evacuación de Eskutari, a cambio de otras compensaciones territoriales.

Pero por lo que pueda suceder, Austria acumula tropas en la frontera montenegrina y a su vez Montenegro ha reunido fuerzas para repeler en cualquier momento una agresión, contando para ello seguramente con el concurso de los aliados.

El acto de Essad-bajá proclamándose rey de Albania ha cau-



El general montenegrino Martinovitch, que mandaba el ejército que se apoderó de Eskutari. (De fotografía de Carlos Trampus.)



La guerra de Oriente. - Batería montenegrina en el sitio de Eskutari. (Fotografía de Ugo Zuecca.)

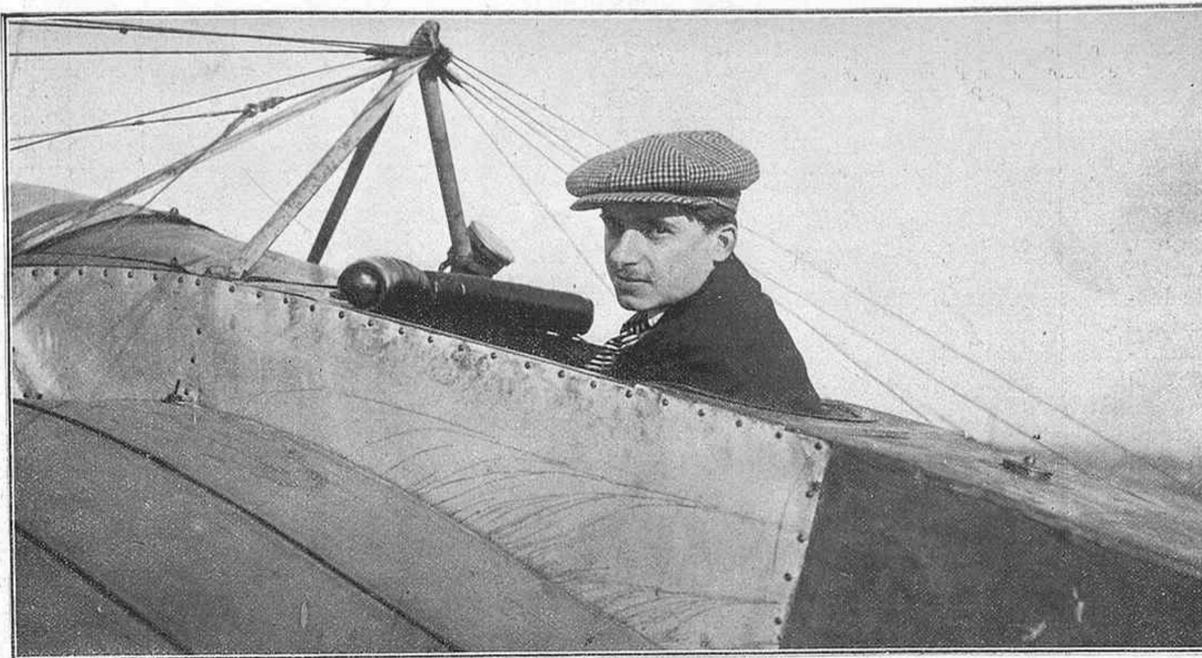
sado gran asombro en toda Europa. El defensor de Eskutari, después de evacuar la plaza, marchó, con los 20.000 hombres que la guarnecían, a Tirana, su país de origen y allí procedió él mismo a su proclamación. La Puerta ha desautorizado enérgicamente la conducta de Essad-bajá. - R.

EL AVIADOR GILBERT

El aviador francés Eugenio Gilbert ha realizado recientemente una de las mayores proezas que registran los anales de la aviación, consiguiendo recorrer en un solo vuelo, es decir, sin tomar tierra en ninguna parte, la distancia de 967 kilómetros que separa, en línea recta, la capital de Francia de la ciudad española de Vitoria, y habiendo empleado en este recorrido ocho horas y veintitrés minutos.

Gilbert partió del aeródromo Morane-Saulnier, de Villacoublay, en las inmediaciones de París, a las cinco y siete minutos de la mañana del día 24 y descendió en Vitoria a la una y media. He aquí en qué términos telegrafió el mismo a un diario parisiense dando cuenta de su viaje:

«He tomado tierra en Vitoria, en la escuela Garnier, a la una y treinta, después de haber volado, sin escala, de París aquí. El viaje no ha sido siempre fácil, pero todo ha ido perfectamente. Desde París a Burdeos he marchado a 120 kilómetros, por término medio, por hora. Durante 300 kilómetros me ha molestado la lluvia, pero este inconveniente casi ha sido para mí una distracción que me impidió dejarme dominar por la monotonía del trayecto. Desde Poitiers a Burdeos, lo mismo que desde Burdeos a Vitoria, he tenido que evolucionar por encima de nubes y he debido orientarme únicamente con la brújula. Llevaba 200 litros de esen-



El aviador Gilbert, que ha efectuado en un solo vuelo, sin escalas, el raid París-Vitoria, o sea un trayecto de 967 kilómetros. (De fotografía de M. Rol.)

Con este vuelo, había ganado Gilbert la copa Pommery, que consiste en 7.500 francos y la copa, y que se ha adjudicado al aviador que en 30 de abril último ha efectuado el mayor vuelo en un día y en línea recta; pero tres días después resultó vencido por el aviador Guillaux, que en nueve horas recorrió el trayecto de Biarritz a Kollum (Holanda), o sea 1.255 kilómetros en línea recta.

cia a bordo de mi Morane-Saulnier, el cual, lo propio que mi motor *Le Rhone*, se portó admirablemente y terminó el viaje casi más fresco que yo. Al llegar a Vitoria tenía aún en mi depósito esencia para dos horas. No estoy cansado; únicamente siento algún dolor en las nalgas; pero lo mismo me pasaría si hubiese estado sentado tantas horas en una silla, sin moverme.

»Entre Burdeos y Biarritz hube de mantenerme a una altura sólo de 50 metros, tan violentas eran las sacudidas del viento, apenas me remontaba algo más. Por otra parte, la niebla era muy densa y mi temor era que me obligase a aterrizar. Entre Biarritz y Vitoria tomé el desquite, permaneciendo constantemente a 300 metros de altitud.»

Dos horas después emprendía nuevamente el vuelo con dirección a Burgos; pero entre esta ciudad y Valladolid la violencia del viento le obligó a tomar tierra en Medina del Campo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

DEL MEU ÇARRÓ, por el *Marqués de Camps*. - Colección de cuentos referentes a episodios de caza, narrados con una sencillez y una naturalidad encantadoras. Son cuadros amenos, pintorescos, arrancados de la vida real; pero al mismo tiempo matizados con notas de sentimiento y todos ellos impregnados de esa poesía que el amor a la naturaleza y el contacto con ella despiertan en las almas delicadas. Un tomo de 356 páginas editado en Barcelona por la Biblioteca *Juventud*; precio, tres pesetas.

HISTORIAS Y CUENTOS, por *Alejandro Larrubiera*. - El nombre del autor del libro y la circunstancia de formar éste parte de la Biblioteca Patria, que con tanto éxito se publica en Madrid, son la mejor garantía de la bondad de *Historias y cuentos*. Larrubiera, de nombre bien conocido y justamente estimado, es un verdadero maestro en el difícil género de los cuentos, y los reunidos en el volumen que nos ocupa, todos ellos hondamente sentidos y admirablemente escritos, confirman una vez más la nombradía de que goza en el mundo literario. Un tomo de 136 páginas; precio, una peseta.

TEXTURA MECÁNICA DE LA SEDA, por *Pedro Ponci*. - Por iniciativa del Colegio del Arte Mayor de la Seda de Barcelona se ha publicado la edición española de esta importante obra, destinada a prestar grandes servicios no sólo a los sederos, sino también a todos los que se dedican al tejido en general, puesto que en ella se estudian de un modo metódico todas las operaciones por las cuales pasa la seda desde la preparación de la hebra hasta el acabado de las piezas. Contiene, además, estudios concienzudos del telar mecánico, de la maquinaria empleada en la fabricación de terciopelos y cintas, del gobierno de las fábricas, de la organización de nuevas instalaciones, etc. Un tomo de 305 páginas con 179 grabados, editado en esta ciudad por Gustavo Gili; precio, seis pesetas en rústica y siete en tela inglesa.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS MEXICANOS. - Hemos recibido el tomo VII de esta importantísima obra conmemorativa del primer centenario de la independencia de México que, por acuerdo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, publica el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología bajo la dirección de D. Genaro García. Contiene la interesantísima causa que en 1808 comenzó a instruirse en la capital del virreinato de Nueva España contra el religioso mercedario fray Melchor Talamantes, originario de Lima, por sospechas de infidelidad al Rey de España y de adhesión a las doctrinas de la independencia de México. Como apéndices, lleva el libro varios escritos y memorias originales del P. Talamantes. Un tomo de 578 páginas con algunas ilustraciones y un índice alfabético impreso en la tipografía del citado museo.

LA TRIGUEÑA BRUTA, por *César de Salvador*. Segunda edición. - El mejor juicio que podemos hacer de esta novela corta es copiar el siguiente párrafo del prólogo que para ella ha escrito Claudio Omar y Barrera: «*La trigueña bruta* no tiene trama, no tiene enredo, no tiene fábula; pero es un caso humano, vívido, de sentimiento; y César Salvador, al percibirlo, lo ha notado con la propia y real expresión del hecho mismo. No le ha puesto moñas ni perifollos, sino que lo ha pintado tal como su concepción estética, germen de la obra artística, lo ha observado en un recodo de la vida.» Un tomo de 55 páginas editado en Barcelona por Antonio López; precio, una peseta.

¡Déjame, abuelito, que te riegue con PETRÓLEO GAL y verás, verás qué melenas te brotan para mañana!



Lo mejor para el pelo
PETRÓLEO GAL

K. Ehrmann.

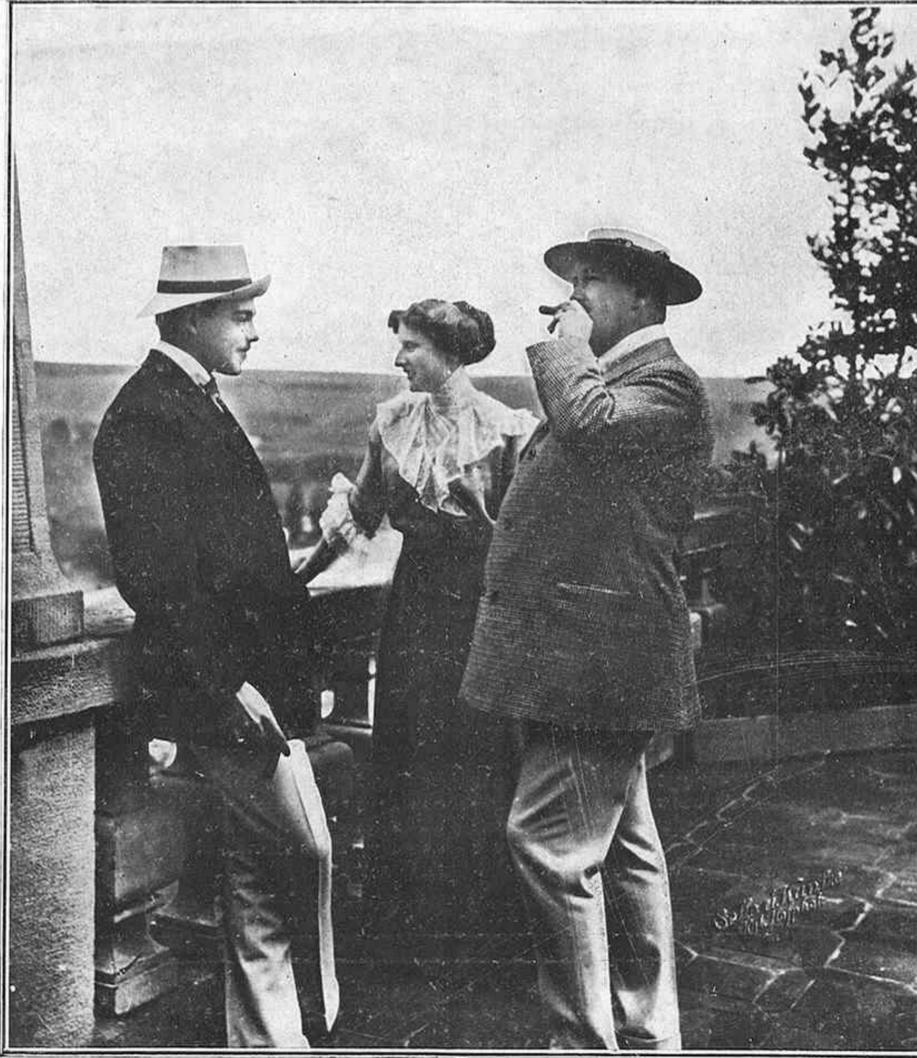
LOS ESPONSALES
DEL EXREY D. MANUEL
DE PORTUGAL

Don Manuel, el joven soberano de Portugal que tantos y tan trágicos sucesos presenció en su patria antes de subir al trono y durante su breve reinado, se ha prometido, el día 20 de abril último, con la princesa Augusta Victoria de Hohenzollern, hija del príncipe Guillermo de Hohenzollern-Sigmaringen, perteneciente a la rama católica de los Hohenzollern.

La noticia de este proyectado casamiento ha causado gran sorpresa en todas partes, menos en Sigmaringen, en donde todos los habitantes hablaban ya de este suceso, dándolo por seguro, desde que se vió al exmonarca portugués permanecer una larga temporada en aquella pequeña corte, después de otra visita anterior hecha el año último.

D. Manuel nació en Lisboa el 15 de noviembre de 1889, y por muerte de su padre, el rey Carlos I, y de su hermano mayor, el príncipe Luis Felipe, alevosamente asesinados, subió al trono en 3 de febrero de 1908. Su reinado fué de corta duración; la buena voluntad, el talento, las dotes excelentes de carácter del joven soberano, no fueron bastantes a evitar la descomposición de los partidos que debían sostener la monarquía, ni a impedir los avances de la revolución, que estalló en forma sangrienta el día 3 de octubre de 1910. El rey demostró en aquella ocasión una gran sangre fría y quería permanecer a todo trance en su puesto, hasta que, al fin, abandonado por quienes más obligados estaban a estar a su lado y convencido de la inutilidad de cuanto pudiera intentar, abandonó con su madre, la infortunada reina Amelia, Portugal y se trasladó a Inglaterra. Allí fué, durante una temporada, huésped del duque de Orleans, en el castillo de Wood Northern, y luego, con su madre, pasó a residir en el castillo de Abercorn, en las inmediaciones de Richmond.

La princesa Augusta Victoria de Hohenzollern nació el día 19 de agosto de 1890 en Potsdam, en donde su padre servía en el primer regimiento de la Guardia; es una joven muy linda, rubia, esbelta, de carácter siempre alegre y risueño,



El exrey de Portugal Don Manuel y su prometida la princesa Augusta Victoria de Hohenzollern. (Fotografía de Carlos Trampus, tomada en Potsdam, a raíz de haberse concertado los esponsales.)

y dicen que se parece a su abuela, la princesa Leopoldo de Hohenzollern, que pasaba por una de las princesas más guapas de su tiempo. El exrey D. Manuel la conoció en Munich hace cosa de un año, cuando fué a visitar a la infanta Maria José de Portugal, viuda del duque Carlos Teodoro de Baviera.

D. Manuel se ha ganado muchas simpatías durante su segunda estancia en Sigmaringen, por la sencillez y dignidad de sus maneras. Aparece demasiado serio para su edad, lo cual se explica por los trágicos recuerdos de años pasados. Tiene fama de ser instruido y de talento: conoce, además del portugués, las principales lenguas europeas, le gusta la música y la practica, pues toca muy bien el órgano.

Con frecuencia visita la capilla funeraria donde el príncipe Guillermo ha hecho instalar un buen órgano. Allí D. Manuel oye al maestro de capilla Hoff o ejecuta él mismo. En la excursión que hizo a Beuron acompañado por el príncipe, lo que le interesó especialmente fué el órgano eléctrico: el exrey tocó en él las más hermosas melodías.

Esta será la tercera unión entre la casa Real portuguesa y la de los Hohenzollern.

La primera fué el año 1858, cuando Estefanía de Hohenzollern casó con Pedro V. Se casó por poder y la acompañó a Portugal su hermano el príncipe heredero Leopoldo. Este vió entonces por primera vez a la infanta Doña Antonia, con quien regresó a Alemania casado en 1861. La real pareja

llamó mucho la atención en Berlín, no sólo por ser él de un parecido extraordinario con el que fué después emperador Federico III, sino también por la belleza poco común de la desposada.

La princesa Leopoldo, cuyo marido falleció en 1905, es, por lo tanto, abuela de la novia y tía-abuela del novio.

La reina Victoria de Inglaterra, que abrigaba un gran espíritu de familia, alentó ese matrimonio de Pedro V de Portugal, porque el rey-consorte era un Coburgo y el padre del rey D. Pedro pertenecía a la misma casa: por la propia razón protegió la alianza del heredero Leopoldo con Doña Antonia.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

Levadura consistente

¡Novedad!
¡Sin competencia!

¡LO MEJOR
para hacer pan!



¡Consistente y de
impulsión ilimitada!

¡Indispensable en
los países trópicos!

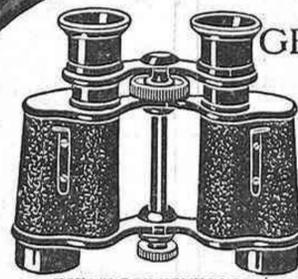
DAUERHEFE-GES. m. b. H.
BERLIN SW 11
Telegramas: «Dauerhefe» - Berlin

TRIUMPH YEAST Co.
LONDON S. E.
Telegramas: «Florylin» - London

PÍDASE

PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSBER

DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN